

Angela Sommer—Bodenburg

El pequeño vampiro

Círculo de Lectores

Este libro es para Burghardt Bodenburg, quien, con sus blandos dientes, nunca podría llegar a ser vampiro, y para Ada—Verena Gass, que domina magistralmente la mirada del vampiro, y, además, para Katja, que sabe gritar «¡Iiiih, un vampiro!» de forma tan admirable, ¡y para todos aquellos a los que les gusta tanto como a mí leer historias de vampiros!

Angela Sommer—Bodenburg



A Antón le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.



Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Antón empezó estando una vez Antón nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Antón temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Antón se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Antón se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlotttertein. Pronto conoció Antón a otros miembros de la familia de vampiros.



Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Los padres de Antón no creen en vampiros. La madre de Antón es maestra; su padre trabaja en una oficina.



Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.

A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Antón personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.

La cosa en la ventana

Era sábado: el día en que sus padres salían de casa por la noche.

—¿Adónde vais hoy? —quiso saber Antón por la tarde, cuando su madre se estaba poniendo los rulos en el baño.

—Ah —dijo la madre—, primero vamos a cenar y luego, quizás, a bailar.

—¿Cómo quizás? —preguntó Antón.

—No lo sabemos todavía —ijo la madre—. ¿Acaso es tan importante para ti?

—Nooo —gruñó Antón. Prefería no confesar que quería ver la película policiaca que empezaba a las once. Pero su madre ya había sospechado.

—Antón —dijo, volviéndose de tal manera que podía mirarle fijamente a los ojos—, no querrás, por casualidad, ver la televisión...

—Pero, mamá —exclamó Antón—, ¿cómo se te puede ocurrir eso?

Afortunadamente, su madre había vuelto a la tarea de rizarse el pelo, de modo que ya no podía ver cómo el rostro de Antón se ponía colorado.

—Quizá vayamos también al cine —dijo ella—. En todo caso, no volveremos antes de medianoche.

Se había hecho de noche y Antón estaba solo en casa. Estaba en pijama, sentado en la cama; se había subido el cobertor hasta la barbilla y leía *La verdad sobre Frankenstein*. La historia tenía lugar en una feria anual. Un hombre con un abrigo negro ondeante acababa de salir a escena para anunciar la aparición del monstruo. Entonces sonó el despertador. Molesto, Antón levantó la vista de su libro. ¡Oh! ¡Ya casi las once, quedaba el tiempo justo para encender la televisión!

Antón saltó de la cama y apretó el mando de encendido. Entonces volvió a arrellanarse en su cobertor y esperó a que, lentamente, apareciera la imagen. Pero aún ponían el programa deportivo. La habitación estaba bastante lóbrega y sombría. King—Kong, en el póster de la pared, hacía una mueca horrenda que iba bien con el estado de ánimo de Antón: se sentía salvaje y abandonado como el único superviviente de una catástrofe marítima, naufrago en una isla del sur habitada por caníbales. Y la cama era su madriguera, suave y cálida, y si quería podía esconderse en ella y no dejarse ver. Había un montón de víveres delante de la entrada de la cueva; sólo faltaba el agua de fuego. Antón pensó, anheloso, en la botella de zumo de manzana que había en la nevera, ipero hasta allí había un largo camino a través del oscuro pasillo! ¿Debería regresar nadando al barco, pasando al lado de los tiburones sedientos de sangre que sólo esperaban sus víctimas? ¡iBrrr!! Pero ¿no morían los naufragos mucho más por la sed que por el hambre?

Por tanto, se puso en camino. ¡Odiaba el pasillo, con la lámpara eternamente rota que nadie reparaba! ¡Odiaba los abrigos que se balanceaban en el ropero y que parecían ahogados! Y ahora le daba miedo incluso la liebre disecada del cuarto de trabajo de su madre, a pesar de que otras veces a él le gustara tanto asustar con ella a otros niños.

Finalmente había llegado a la cocina. Sacó de la nevera la botella de zumo de manzana y cortó una gruesa rebanada de queso. Mientras hacía esto, escuchaba para ver si había comenzado la película policiaca. Oyó una voz de mujer. Probablemente la locutora que anunciaba el comienzo de la película. Antón se sujetó la botella bajo el brazo y echó a correr.

Pero no llegó lejos, pues ya en el pasillo advirtió de repente que había algo que no iba bien. Permaneció parado y escuchó atentamente... y de repente supo lo que

era: ¡ya no oía la voz de la televisión! Eso sólo podía significar una cosa: ¡alguien debía de haberse colado en su habitación y había apagado la televisión! Antón notó cómo el corazón le daba un salto y después le latía como loco. Y desde el estómago le subía hacia arriba un extraño hormigueo que se le quedaba en la garganta. Ante él surgieron imágenes horribles: imágenes de hombres con medias en la cabeza, con cuchillos y pistolas, que se introducían de noche en casas abandonadas para saquearlas y que tiraban al suelo lo que se interponía en su camino! La ventana de la habitación estaba abierta, recordó Antón. El ladrón podía, pues, haber trepado desde el balcón de los vecinos.

De repente se oyó un ruido: la botella de zumo de manzana se le había caído de la mano y rodó por el pasillo justo hasta la puerta de la habitación. Antón contuvo la respiración y esperó..., pero no pasó nada. ¿Acaso lo del ladrón eran sólo figuraciones? Pero entonces ¿por qué ya no funcionaba la televisión?

Levantó la botella y abrió cautelosamente la puerta de su habitación. Llegó hasta su nariz un curioso olor enrarecido y a moho como el del sótano, y así como si se hubiera quemado algo. ¿Vendría de la televisión? Rápidamente retiró el enchufe. Probablemente se habían quemado los cables.

Entonces Antón oyó un extraño crujido que parecía venir de la ventana. Y de pronto creyó ver detrás de las cortinas una sombra que se perfilaba en la clara luz de la luna. Muy lentamente, temblándole las rodillas, se aproximó de puntillas. El extraño olor se hizo más fuerte; olía como si alguien hubiera quemado una caja de cerillas entera. También el crujido se hizo más fuerte. De repente Antón se quedó parado como si hubiera echado raíces...: en el alféizar, delante de los visillos que flotaban con la corriente de aire, estaba sentado algo y lo miraba fijamente. Tenía un aspecto tan horrible que Antón pensó que iba a caerse muerto. Dos ojos pequeños e inyectados en sangre relampagueaban frente a él desde un rostro blanco como la cal; una cabellera peluda le colgaba en largos mechones hasta una sucia y negra capa. La gigantesca boca, roja como la sangre, se abría y cerraba, y los dientes, que eran extraordinariamente blancos y afilados como puñales, chocaban con un rechinar atroz. A Antón se le erizó el pelo y se le detuvo la sangre en las venas. ¡La cosa de la ventana era peor que King—Kong, peor que Frankenstein y peor que Drácula! ¡Era lo más espantoso que Antón había visto jamás!



A la cosa parecía divertirse ver temblar a Antón con un miedo de muerte, pues ahora hizo con su gigantesca boca una mueca horrorosa con el que dejó completamente al descubierto sus colmillos, agudos como agujas y muy salientes.

—¡Un vampiro! —gritó Antón.

Y la cosa contestó con una voz que parecía salir de las más lóbregas profundidades de la tierra:

—¡Sí, señor, un vampiro! —Y de un salto había entrado ya en la habitación, colocándose delante de la puerta—. ¿Tienes miedo? —preguntó.

Antón no pudo articular ni un sonido.

—¡Pues estás bastante flojucho! No hay mucho que sacar, creo yo. —El vampiro lo examinó con una mirada salvaje—. ¿Y dónde están tus padres?

—En el ci..., cine —tartamudeó Antón.

—Ya, ya, Y tu padre, ¿está sano? ¿Buena sangre?

Al decir esto el vampiro se rió para sí y Antón vio brillar los colmillos a la luz de la luna.

—¡Como tú seguramente sabes, nosotros nos alimentamos de sangre!

—Yo tengo una sangre muy ma... mala —tartamudeó Antón—. Siempre tengo que tomar pa... pa... pastillas.

—¡Pobrecillo!

El vampiro dio un paso hacia Antón.

—¿Eso también es verdad?

—¡No me toques! —gritó Antón, intentando hacerse a un lado. Chocó precisamente con la bolsa de los ositos de goma que estaba delante de su cama y éstos rodaron por la alfombra. El vampiro soltó una estruendosa carcajada. Sonó como un trueno.

—Mira, ositos de goma —exclamó, apaciguándose—, ¡qué monada! —Cogió un osito de goma—. Antes yo también tenía siempre algunos —susurró—, de mi abuela.

Se metió el osito de goma en la boca y lo masticó de un lado a otro durante un rato. De repente lo escupió, lanzándolo en un arco elevado, y empezó a dar graznidos y a toser. Al mismo tiempo profería los más espantosos juramentos y maldiciones. Antón aprovechó la ocasión para ponerse a cubierto tras el escritorio. Pero el vampiro se había quedado tan débil por el ataque de tos que se hundió en la cama y no se movió durante minutos. Entonces sacó de debajo de la capa un gran pañuelo tinto en sangre y se limpió larga y detenidamente la nariz.

—Esto sólo puede pasarme a mí —sollozó—. Mamá me lo había advertido categóricamente.

—¿Por qué advertido? —preguntó curioso Antón. Detrás de su escritorio se sentía considerablemente mejor.

El vampiro le lanzó una mirada colérica.

—¡Porque uno, como vampiro que es, tiene un estómago sensible, tonto! Lo dulce es veneno para nosotros.

A Antón le dio verdadera pena.

—¿Puedes aguantar entonces el zumo de manzana? —quiso saber.

El vampiro dio un grito de espanto.

—¿Quieres envenenarme?— bramó.

—Perdóname, por favor —dijo apocado Antón—, sólo pensaba que...

—Está bien.

Al parecer, el vampiro no se lo había tomado a mal. «Realmente es un vampiro muy simpático —pensó Antón— a pesar de su aspecto tan horroroso.» De cualquier modo, él se había imaginado mucho más horribles a los vampiros.

—¿Eres ya viejo? —preguntó.

—Viejísimo.

—Pero si eres mucho más bajo que yo...

—¿Y qué? Es que morí precisamente cuando era niño.

—Ah, vaya.

Con eso no había contado Antón.

—¿Y ya estás..., quiero decir, también tienes una tumba?

El vampiro reprimió la risa.

—Y puedes visitarme cuando quieras. Pero sólo después de ponerse el sol. Durante el día dormimos.

—Lo sé —presumió Antón. Al fin podía mostrar que lo sabía todo sobre vampiros—. Cuando los vampiros se exponen al sol mueren. Por eso por las noches tienen que apresurarse para estar antes del amanecer de nuevo en la tumba.

—Un chico listo —dijo sarcástico el vampiro.

—¡Y cuando se sabe dónde yace alguno, se le debe atravesar el corazón con una estaca de madera! —prosiguió Antón.

Esto no hubiera debido decirlo, pues el vampiro prorrumpió en un bramido desgarrador y se abalanzó sobre Antón. Pero Antón fue más rápido. Con la velocidad del rayo se deslizó por debajo del escritorio y se apresuró hacia la puerta, seguido de cerca por el vampiro que bufaba de coraje. Poco antes de la puerta el vampiro lo había alcanzado.

«Ahora se acabó —pensó Antón—, ¡me va a morder!»

Todo su cuerpo temblaba. El vampiro estaba de pie ante él respirando con dificultad. Sus dientes hacían un atroz clic—clac y sus ojos relucían como carbones ardientes. Cogió a Antón y lo zarandeó.



—Si hablas otra vez de la estaca de madera —chilló—, puedes hacer tu

testamento, ¿entendido?

—Sss... sí —tartamudeó Antón—. No... no quería molestarte en absoluto, de verdad que no.

—¡Siéntate! —ordenó con brusquedad el vampiro.

Antón obedeció y el vampiro empezó a andar de un lado a otro de la habitación.

—¿Y qué hago yo ahora contigo? —exclamó.

—Pues podríamos escuchar discos —propuso Antón.

—¡No! —gritó el vampiro.

—O jugar al «Endemoniado».

—¡No!

—¿O debo enseñarte mis postales?

—¡No, no y otra vez no!

—Entonces tampoco se me ocurre nada —dijo desconcertado Antón.

El vampiro se había quedado parado delante del póster de King—Kong. Se le escapó un grito salvaje.

—¡Este mono! —gruñó arrancando el cuadro de la pared y rompiéndolo en mil trocitos.

—Eso es una canallada —protestó Antón—, mi póster favorito...

—Bueno, ¿y qué? —siseó el vampiro.

Ahora había descubierto los libros de King—Kong en la estantería y hacía revolotear página por página, rasgadas por la mitad, hacia la cama.

—¡Mis libros —berreó Antón—, todos comprados con las propinas!

De pronto el vampiro se detuvo; una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro.

—¡Drácula!... —leyó a media voz—. ¡Mi libro favorito!

Miró a Antón con ojos radiantes.

—¿Puedo tomar éste prestado?

—Por mí... Pero hay que devolverlo, entendido.

—Claro que sí.

Satisfecho, se metió el libro bajo la capa.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Antón. ¿Y tú?

—Rüdiger.

—¿Rüdiger?

Antón estuvo a punto de desternillarse de risa, pero pudo reprimirse a tiempo. En definitiva, no quería volver a encolerizar al vampiro.

—Pues es un nombre bonito —dijo.

—¿Tú crees? —preguntó el vampiro.

—De verdad. Y muy apropiado.

El vampiro parecía muy halagado.

—Pues Antón también es un nombre bonito.

—No lo creo en absoluto —dijo Antón—, en el colegio siempre se ríen al oírlo. Pero mi padre se llama también Antón, ¿sabes?

—Ah, vaya.

—Y ya mi abuelo se llamaba Antón. ¡Como si eso me importara!

—Realmente, hasta ahora también yo había encontrado siempre Rüdiger bastante estúpido —dijo el vampiro—. Pero uno se acostumbra.

—Sí, se acostumbra uno —suspiró Antón.

—Dime, ¿estás a menudo así, solo, en casa? —preguntó el vampiro.

—Todos los sábados.

—¿Y no tienes ningún miedo?

—Sí.

—Yo también. Sobre todo en la oscuridad —declaró el vampiro—. Mi padre dice siempre: «Rüdiger, tú no eres un vampiro, ¡eres una gallina!».

Se miraron y se rieron.

—¿Tu padre también es vampiro? —preguntó Antón.

—¡Claro que sí! —dijo el vampiro—. ¿Qué pensabas?

—¿Y tu madre también?

—Naturalmente. Y mi hermana y mi hermano y mi abuela y mi abuelo y mi tía y mi tío...

—¡Cielos! ¿Toda tu familia?

—¡Toda mi familia! —dijo el vampiro lleno de orgullo.

—Mi familia es completamente normal —dijo tristemente Antón—. Mi padre trabaja en una oficina, mi madre es profesora, hermanos no tengo..., puedes imaginarte lo aburrida que es nuestra casa.

El vampiro lo miró compasivo y explicó:

—En nuestra casa siempre pasa algo.

—¿Qué? ¡Cuéntame! —¡Al fin oiría una auténtica historia de vampiros!

—Pues bien —dijo el vampiro—, fue el invierno pasado. ¿Te acuerdas aún de lo frío que fue...? Bien, nos despertamos; el maldito sol acaba de ponerse. Entonces yo tengo un hambre horrible y quiero levantar la tapa del ataúd, ¡pero no se puede! Golpeo contra ella con los puños, empujo con los pies..., ¡nada! Y oigo cómo mis parientes se esfuerzan exactamente igual que yo en las tumbas de alrededor. ¡E imagínate: durante dos noches seguidas no conseguimos abrir los ataúdes! Después empezó por fin a deshelar y pudimos hacer saltar las tapas con los mayores esfuerzos del mundo. ¡Casi nos morimos de hambre! Pero esto no es absolutamente nada en comparación con el asunto del guardián del cementerio. ¿Quieres oírlo también?

—¡Claro!

—Bien, ocurrió en un... —empezó el vampiro, pero se interrumpió de pronto—. ¿No oyes nada? —susurró.

—Sí —dijo Antón.

Un automóvil se aproximó y se paró. Sonaron las puertas del coche.

—¡Mis padres! —exclamó asustado Antón.

De un salto el vampiro estuvo en el alféizar.

—¿Y mi libro? —acertó a preguntarle Antón—. ¿Cuándo...?

Pero el vampiro ya había extendido su capa y flotaba en el aire: una oscura sombra ante el claro halo de la luna.

Rápidamente, Antón corrió los visillos y se deslizó bajo el cobertor. Oyó cómo abrían la puerta de la casa y su padre decía:

—Ya lo ves, Helga. Todo en calma.

Segundos después, Antón estaba ya durmiendo.

Sabiduría de padres

Aquella noche Antón tuvo un sueño: ¡estaba solo en una llanura infinita, y corría! No podía descubrirse en ninguna parte ni siquiera el rastro de una vivienda humana; no había calles ni caminos; sólo un par de árboles achaparrados extendían sus secas ramas hacia el negro cielo. Gigantescos cráteres se abrían en la tierra cubierta de ceniza y escoria. ¡Por todas partes había huesos, brillantes y grandes huesos, y al correr entre ellos Antón intuía lleno de pavor cuál era el destino que le esperaba también a él!

Y de repente, mientras corría, inotó que algo había empezado a perseguirlo! Algo hacia lo cual no se atrevía a volverse le iba pisando los talones. Jadeando y siseando se le acercaba cada vez más. Ya sólo le separaban unos pocos metros de Antón. Entonces vio ante sí una montaña. ¡Si conseguía llegar hasta allí estaría salvado!

El horrible graznido de su perseguidor se hacía más fuerte. Ya notaba el cálido aliento del monstruo en sus espaldas. Una vez más Antón hizo acopio de todas sus fuerzas y corrió... ¡pero en vano! Con un grito se desplomó en el suelo y permaneció tumbado sin moverse, con los ojos fuertemente cerrados. Ahora... ahora sí que le debía de haber alcanzado el monstruo.

—Hola, Antón —dijo entonces una voz familiar y muy ronca—; ¡corres como si te persiguiera el diablo en persona!

Siguió una risa gutural, ronca y resonante, y en realidad..., era el pequeño vampiro que estaba en cuclillas junto a él. Sus poderosos y blancos dientes resplandecían.

—Y yo sólo quería contarte la historia del nuevo guardián del cementerio —se rió.

—¡Ah, ésa! —dijo Antón sacudiéndose, avergonzado, el polvo de los pantalones.

—Pues bien —dijo el vampiro—, ¡era un martes, y aquel martes era, precisamente, trece!

No siguió adelante, pues en ese momento lo interrumpió una voz.

—¡Antón, a desayunar! —exclamó el padre.

—Sí —gruñó Antón adormilado.

—¿Qué opináis realmente de los vampiros? —preguntó Antón cuando estaba sentado a la mesa del desayuno untándose miel en el pan.

Aunque parecía que estuviera ocupado con empeño en untar el pan, observaba, no obstante, muy atentamente las caras de sus padres. En primer lugar cambiaron una mirada de sorpresa, después empezaron a hacer gestos. «No me toman en serio —pensó Antón—, seguro que piensan que soy un crío. ¡Si ellos supieran!»



—Vampiros —dijo la madre reprimiendo una sonrisa—. ¿Y a qué viene eso?

—Ah —dijo Antón—. Antiguamente hubo, sin embargo, algunos.

—Antiguamente —dijo el padre—. Entonces la gente creía en las cosas más disparatadas. Por ejemplo, en las brujas.

—¡Brujas! —repitió desdeñoso Antón.

—Otros creían en enanos, en fantasmas, en hadas... —dijo la madre.

—Os olvidáis de Papá Noel —dijo colérico Antón, y revolvió tan violentamente en su taza que el cacao salpicó el mantel—. Pero os voy a decir una cosa: lo de los vampiros es completamente, completamente diferente.

—¿Ah, sí? —dijo burlón el padre.

—¡Sí, señor! —repuso Antón—. Y el que piense que sólo hay vampiros en los libros...

—... o en las fiestas de disfraces —se rió su madre para dentro.

—... ése está o ciego o sordo —continuó Antón alzando la voz; hizo después una pausa y, finalmente, dijo en voz baja y misteriosa—: ¡O es muy, muy irreflexivo!

—Me das auténtico miedo —se rió la madre.

—Qué raro que no nos hayamos encontrado nunca con ninguno, ¿no? —dijo el padre dirigiéndose a la madre.

—Ay —dijo Antón de buen humor—, eso sucede algunas veces antes de lo que uno cree.

—¿De veras? —exclamó la madre con un sobresalto fingido.

—Ya veréis —dijo Antón, metiéndose en la boca el resto de su pan.

—Yo sólo veo que mi taza está vacía —se rió la madre—; por favor, sírreme más té, Antón.

El padre se puso de pie y cogió la tetera. Mientras servía le guiñó un ojo a la madre.

«Ya se os pasará la risa», pensó Antón. Satisfecho, se recostó en su silla y pensó en el sábado siguiente.

La punta misteriosa

El sábado empezó como de costumbre. Después del desayuno el padre se fue de compras. La madre se había lavado el pelo y ahora estaba ocupada en instalar el secador. Antón la ayudaba a ello.

—¿Vais a ir de nuevo al cine? —preguntó con acentuado desinterés mientras conectaba en el enchufe de detrás del sofá el cable prolongador.

—Puede ser —dijo la madre—, pero quizá papá tenga que irse otra vez a la oficina.

—¿A la oficina otra vez? —exclamó estupefacto Antón.

—Bueno —dijo la madre poniéndose el casco sobre la cabeza—, no importa. Tampoco puedo ir sin él al cine.

—Ah, bueno —dijo aliviado Antón.

Al pensar que su madre pudiera quedarse en casa le había corrido un escalofrío por la espalda, pues, en definitiva, ¡esperaba visita!

La madre, entre tanto, había encendido el aparato y Antón huyó del ruido refugiándose en su habitación, donde había preparado todo para el visitante nocturno. De la estantería habían desaparecido libros enteros que podían desagradar al vampiro: los últimos dos tomos de King—Kong, los tebeos de Tarzán y los libros de Supermán. En su lugar había ahora dos libros nuevos: uno de ellos, en cuyas pastas negras se veía un gigantesco murciélago, llevaba en letras rojas brillantes el título *Vampiros: Las doce historias más terribles*. El otro, con una encuadernación lila, se llamaba *La venganza de Drácula*. Antón había colocado los dos libros de forma que el vampiro tuviera que verlos necesariamente. Del armario colgaba un póster que Antón mismo había pintado la noche anterior. Mostraba a un vampiro en el preciso momento de levantarse de la tumba. Particularmente logrados encontraba Antón el rostro, pálido como el de un muerto, con los ojos ensombrecidos de negro a su alrededor y la roja boca, ya medio abierta, de la que salían los colmillos, agudos como cuchillos.

—¡liih! —había gritado la madre al descubrir el cuadro—. ¿Tienes que pintar esas cosas tan horribles?

—¿Cómo que horribles? —había respondido Antón mientras repintaba cuidadosamente los dientes con algo de blanco opaco para que brillaran con más fuerza aún.

—¡Pero mira esa cara! —había exclamado la madre—. ¡Con eso vas a tener pesadillas!

«Seguro que al vampiro le va a gustar», se había consolado Antón.

Satisfecho, observaba ahora su obra. ¡También los túmulos del fondo, con sus lápidas ladeadas y sus cruces, creaban un ambiente admirablemente horripilante!

¿Debería incluir quizá un par de murciélagos más? Realmente eran difíciles de pintar. Tomó de la estantería el libro con las doce historias más terribles de vampiros y observó el murciélago de la cubierta. Repugnante sí que era, y también le iba bien a su cuadro..., pero Antón prefirió retrasar la decisión hasta el día siguiente y se echó entonces cómodamente en su cama.

Había empezado a leer la primera historia del libro el día anterior. Trataba de una fiesta de disfraces a la que los invitados se habían presentado con todos los disfraces que se pueda imaginar... y uno había ido de vampiro. Su disfraz era tan

bueno que todos huían y se asustaban de él. Cuando a medianoche tuvieron que quitarse los disfraces, él se quedó tal como estaba, y de repente todos se dieron cuenta de que... ¡no estaba disfrazado en absoluto!

Mientras Antón leía, regresó su padre, sonó dos veces el teléfono, la aspiradora zumbó, corrió agua en la bañera..., pero a Antón no le molestó nada. Sólo al resonar un potente y prolongado grito de dolor apartó la vista de su historia y escuchó con atención.

«¿Ha sido en nuestra casa?», pensó.

—¡Mi pie! —oyó entonces quejarse a su madre.

—¡Pero, bueno, ¿cómo es que te subes a la silla de tijera? —dijo el padre—. ¿Para qué tenemos la escalera?

—Sí—dijo enojada la madre—, ¡ahora, cuando ya es demasiado tarde!

—Intenta andar.

—¡Ay!

—Mueve el pie.

—¡No puedo!

—¿Te pasa algo, mamá? —gritó Antón desde el pasillo.

—Sí, me he torcido el pie —contestó la madre.

—¿Es grave? —preguntó Antón.

—Sí —dijo la madre—, de momento no puedo apoyarlo en el suelo.

Antón oyó cómo su madre iba cojeando por el pasillo hasta la sala de estar, y mientras él se ponía de pie y volvía a colocar el libro en la estantería, pensó si ella podría ir al cine con un pie torcido... «Depende —pensó—. Si es el pie derecho..., con él sólo tiene que pisar el acelerador...»

Pero era el pie izquierdo el que tenía la madre apoyado encima de la silla delante de sí y el que observaba con una mirada de dolor.

—¡Qué mala pata —dijo ella—, ahora se va a poner completamente hinchado!

—Podrías ponerte compresas frías —propuso Antón.

—Una buena idea —dijo el padre.

—¿Voy a la farmacia? —preguntó Antón.

—¡Sería muy amable por tu parte! —se alegró la madre.

—Hombre, se da por supuesto —dijo Antón.

—Bueno —gruñó el padre—, tampoco es tan por supuesto. Aún me acuerdo de cuando tú...

—Deja de criticar —lo interrumpió la madre. A Antón le dijo—: Pregunta, por favor, qué es lo mejor para las torceduras.

El caso es que Antón se pasó la tarde enrollando al tobillo de su madre paños fríos empapados en acetato de aluminio. Hacía mucho que su padre se había ido a la oficina y Antón dijo por décima vez:

—¡Seguro que ahora tu pie está muchííííísimamente mejor!

—Casi podría tener la impresión de que quieres deshacerte de mí esta noche —dijo la madre.

—¿Y eso por qué? —exclamó Antón intentando dar a su voz un tono de indignación.

—Bueno —dijo la madre riéndose—, de papá no tienes nada que temer: está en la oficina. Pero conmigo no habías contado y ahora intentas curarme por todos los medios.

—Pero, mamá... —dijo Antón.

Pero su protesta resultó poco convincente.

—Sea como sea..., ya me he decidido de todas maneras —añadió sonriendo la madre—: ¡Me quedo en casa!

Antón notó cómo se ponía pálido.

—¿Y sabes una cosa? Vamos a pasar una velada muy agradable, inosotros dos solos!

De repente, a Antón se le hizo un nudo tan grande en la garganta que no pudo articular ningún sonido.

—Antón —dijo la madre—, ¿tan mal te parece?

—Nnn... no —tartamudeó.

—Nos hacemos té, jugamos al «Endemoniado»... ¡Ah, pero si es magnífico! —se entusiasmó ella—. O también podemos ver la televisión, si quieres. ¿Es por eso por lo que estás tan asustado? ¿Estás pensando que no te voy a dejar ver la televisión?

—No —dijo Antón en voz baja.

—¿Qué es entonces?

—Nada —murmuró mirando por la ventana: ¡ya empezaba a oscurecer!—. Me voy a mi habitación —dijo—, quiero leer.

¡Ahora, naturalmente, se había echado todo a perder! ¡Si solamente supiera cómo podía prevenir al vampiro...! ¡Si hubiera solamente una posibilidad de comunicarse con él! Antón se echó sobre su cama y enterró la cabeza bajo el cobertor.

Se sintió abandonado por todo el mundo, desamparado y triste. ¡Llevaba una semana esperando aquella noche!

Entonces golpearon en la ventana..., al principio tan suavemente que Antón pensó que se había equivocado. Pero entonces volvieron a golpear, y como alcanzado por un rayo saltó de la cama, corrió a la ventana y echó los visillos a un lado: ¡en el alféizar estaba sentado el vampiro! Sonreía y hacía señas a Antón de que le dejara entrar. Con un rápido vistazo atrás Antón se aseguró de que la puerta de su habitación seguía cerrada como antes; entonces abrió la ventana. Su corazón latía rápido y con fuerza, y sus manos temblaban cuando levantó el cerrojo.

—Hola —dijo el vampiro—, me alegro de verte.

—¡Pssst! —susurró Antón—. ¡El enemigo está al acecho!

—Ah, vaya —dijo el vampiro.

—Mi madre —susurró Antón— se ha torcido el pie.

Realmente el vampiro no parecía estar especialmente intranquilo. Más bien miraba con ojos resplandecientes a la puerta y se relamía.

—¿No irás acaso a...? —tartamudeó Antón.

La sospecha que surgió de pronto en él era tan horrible que no se atrevió a expresarla. Pero el vampiro lo había entendido. Puso cara de abochornado y dijo:

—No, no, no te preocupes. Además, ya he comido.

Al mismo tiempo soltó una sonora carcajada que hizo estremecerse de horror a Antón.

En ese momento, el vampiro se fijó en los libros.

—*Vampiros: Las doce historias más terribles* —leyó, y agradablemente sorprendido preguntó—: ¿Es nuevo?

Antón asintió.

—Y ese de ahí también: *La venganza de Drácula*.

—¿*La venganza de Dráculo*?

El vampiro tomó casi con ternura el libro en las manos.

—¡Eso suena bien!

—¿Has traído el otro? —preguntó Antón.

—Ejem... —dijo el vampiro tosiendo confuso—, lo tiene ahora mi hermana.

—¿Tu hermana pequeña? —exclamó Antón.

—Bueno... ya te lo devolveré. Me suplicó tanto que no pude negarme. —Y mientras guardaba rápidamente bajo su capa *La venganza de Drácula*, dijo—: La semana que viene te traeré los dos.

—Está bien —dijo Antón—. Por cierto, ¿qué te parece mi cuadro?

Señaló orgulloso el póster del armario.—

—¿Lo has hecho tú?

El vampiro contrajo la comisura de los labios en un gesto de aprobación.

—No está mal.

—¿Y qué te parece el vampiro?

—¡Bien! Pero quizá la boca es demasiado roja.

—¿Demasiado roja? ¡Pero si la tuya es también tan roja!

—Bueno, sí —dijo el vampiro tosiendo—, es que yo he... comido.

—Ah, vaya —murmuró Antón—, eso, claro, no lo sabía. Pero lo puedo pintar por encima otra vez —dijo.

De repente oyó que se abría la puerta de la sala de estar.

—¡Mi madre! —exclamó—. ¡Rápido, dentro del armario!

—Pero ¿por qué? —preguntó el vampiro queriendo ir hacia la ventana—. Si puedo también...

—No, no —dijo Antón—, ella se irá enseguida.

Entonces llamaron a la puerta de Antón.

—Antón —exclamó la madre—, ¿tomamos té?

—Ah —dijo Antón mientras iba hacia la puerta y pensaba esforzadamente, al mismo tiempo, una excusa—, no tengo ninguna sed.

Abrió la puerta sólo un resquicio.

—¿Y el «Endemoniado»? ¿Qué te parece?

—Mi libro está en estos momentos tan interesante...

—Antón —dijo la madre con voz preocupada intentando acechar la habitación por encima de su *cabeza*—, ¿no estarás enfermo? ¿Te encuentras mal?

—¿Por qué dices eso?

—Hay en tu cuarto un olor tan raro... Antón, ¿acaso has jugado con cerillas?

—¿Yoooo...? —exclamó indignado Antón—. ¡No!

—Hay algo raro aquí —declaró la madre, y, decidida, hizo a un lado a Antón y entró cojeando en la habitación. Miró desconfiada a su alrededor, pero, a todas luces, no pudo descubrir nada de particular. Luego su mirada cayó sobre el armario y con la exclamación: «Sí, ¿y esto qué es?», agarró la misteriosa punta de tela negra que sobresalía de la puerta cerrada del armario y tiró de ella.

—¡Ay! —gritó una voz apagada desde el interior del armario—. ¡Mi capa!

Antón se había puesto blanco como la tiza.

—Un amigo mío —dijo rápidamente colocándose ante la puerta del armario como protección.

—¿Y por qué está en el armario? —preguntó la madre.

—Porque... es algo fotófobo.

—Ya, ya, fotófobo —dijo la madre—; a pesar de ello me gustaría verlo.

—No, eso es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque..., hoy ha venido con su disfraz de carnaval.

—¿Con su disfraz de carnaval? —se rió la madre—. ¡Pues eso es una razón más para verlo! ¡Pregúntale si quiere tomar el té con nosotros!

Antón negó con la cabeza.

—Seguro que no quiere. No toma precisamente... té.

—¿No? ¿Entonces qué?

Procedente del armario se oyó un fuerte graznido.

—¿Bebe quizá... zumo? —preguntó la madre.

—¡Si está muy rojo! —gruñó el vampiro desde el armario.

La madre se sobresaltó.

—Zumo rojo no tengo —dijo—, pero sí gaseosa.

—¡Gaseosa..., puff! —bufó el vampiro.

—Bien, pues entonces nada —dijo ofendida la madre—. Voy a preparar el té.

Dicho esto, fue cojeando hacia la puerta.

Apenas había desaparecido, cuando el vampiro salió del armario tambaleándose y tomando aire. Su rostro estaba aún más pálido que de costumbre y sus dientes castañeteaban unos contra otros horriblemente alto.

—¿Y ahora? —preguntó Antón, que andaba agitado de un lado a otro de la

habitación.

—¡Yo me voy volando! —declaró el vampiro con voz de ultratumba.



—Pero no puedes dejarme en la estacada —exclamó Antón—. ¿Qué voy a decirle a mi madre cuando pregunte dónde estás?

—Dile que... —empezó el vampiro; pero entonces oyeron ambos otra vez los pasos de la madre en el pasillo.

—¿Venís? —preguntó.

Sin una palabra más el vampiro se elevó en el aire y salió volando de allí.

—¿Dónde está tu amigo? —preguntó la madre en la puerta, sorprendida.

—Él..., ejem —dijo Antón—, pues ahora se ha ido al carnaval.

—¿Al carnaval? —se sorprendió la madre—. ¿En mitad del verano?

—¿Por qué no? —murmuró Antón.

La madre lo miró dudando.

—Vaya amigos tan raros que tienes —dijo.

—¿Por qué amigos? —gruñó Antón—. Ése era sólo uno.

—¡Pero qué uno! —se rió la madre—. ¡Espero poderlo ver fuera del armario la próxima vez! Por cierto, no he oído en absoluto cómo se iba.

—Es que es muy discreto —dijo Antón. «Buff —pensó—, ahora preguntará por qué al venir no ha tocado el timbre. ¿Y qué le digo yo entonces?»

Pero afortunadamente sonó en ese preciso momento el reloj minuterero en la cocina.

—¡Oh! —exclamó la madre—. El té está listo. ¿Vienes?

Antón asintió.

—Estupendo —dijo ella—, y no te olvides de cerrar la ventana. Si no te van a entrar polillas en la habitación.

—O vampiros —dijo Antón; pero esto ya no lo había oído su madre.

Antón se acercó tristemente a la ventana. ¡Y esto había sido su sábado, del que tanto había esperado! En fin, ¡quizá la próxima semana saldría mejor! Cerró la ventana y corrió los visillos.

—¡Ya voy —exclamó—, y además llevo el «Endemoniado»!

Mientras tomaban el té la madre preguntó:

—¿De qué se había disfrazado tu amigo?

—Ah, él; se había disfrazado de..., eh... —murmuró Antón carraspeando larga y continuamente—, o sea, él iba... —¿Debía decir la verdad? De todos modos, su madre no le iba a creer.

Ella se rió.

—¿Es qué es tan difícil de explicar?

—En cierto modo, sí —dijo Antón—. Bien, iba de... ¡vampiro!

—¿Vampiro? —exclamó la madre rompiendo en una efusiva carcajada—. ¡Qué lastima que no lo haya visto!

—Seguro que volverá a llevar a menudo el disfraz —dijo Antón para consolarla. Y poniéndose alegre de repente añadió—: Es más, en realidad casi siempre lo lleva puesto.

Pero la madre no le creyó. Sólo se rió aún más alto exclamando:

—¡Definitivamente, Antón, tú lees demasiadas historias de terror! ¡Ya sólo falta que me cuentes que no se ha ido por la puerta, sino que se ha ido volando!

—Bueno, si ya lo sabes... —dijo Antón. ¡Los adultos siempre creen tener el patrimonio de la sabiduría!

—¡Pero, Antón —dijo conciliadora la madre—, no vamos a pelearnos por los vampiros! Ven, ahora vamos a jugar al «Endemoniado», ¿de acuerdo?

—Sí —gruñó Antón. ¿Acaso había querido pelearse él por los vampiros?

Suspirando colocó el tablero, repartió las fichas y ofreció el dado a la madre.

—Te toca.

—¿Por qué yo?

—El más débil empieza.

La segunda capa

—Antón —preguntó la madre al día siguiente—, ¿va a venir hoy tu amigo?

Los padres querían ir esa noche al teatro y por ello se habían vestido especialmente elegantes: la madre llevaba el vestido brillante con mucho escote y el padre su traje de terciopelo y la corbata de seda.

Antón, que ya esperaba a la puerta de la casa para decirles adiós, tosió tímidamente y dijo:

—Ejem, quizá..., es decir, en caso de que no vaya al carnaval...

—¿Cómo? —exclamó el padre—. ¿Quién va al carnaval?

Riéndose dijo la madre:

—El nuevo amigo de Antón. Parece que celebra el carnaval a lo largo de todo el año.

El padre puso cara de incompreensión.

—¿Y sabes con qué disfraz? —se rió la madre—. ¡De vampiro!

Ahora el padre tenía tal pinta de estupidez que a Antón le hubiera gustado reírse a carcajadas. Pero prefirió controlarse..., isi no iba a haber bronca y a lo mejor su padre se quedaba en casa por el disgusto! Pues ¿quién sabe qué ideas se les ocurren a los adultos?

—En cualquier caso —dijo la madre a Antón—, querríamos conocer pronto a tu amigo. Y a sus padres, naturalmente, también.

—¿A sus padres? —exclamó Antón.

—Claro que sí —dijo la madre—, es que queremos saber con quién tiene amistad nuestro hijo.

—¡Pero si yo no tengo amistad con los padres! —exclamó Antón.

—¡De todas formas! —dijo la madre—. Por cierto, ¿dónde vive tu amigo?

—Nos tenemos que marchar —la interrumpió el padre—. ¡Vamos, Helga!

—Sí, sí, enseguida —dijo la madre.

Antón, que ya tenía esperanzas de haberse ahorrado la respuesta, empezó a tartamudear:

—O sea, él, sí, él vive junto al ce... cementerio.

—¿Dónde? —exclamó asustada la madre; pero el padre la tomó suavemente del brazo y la llevó consigo hacia la escalera.

—No te dejes tomar el pelo —se rió él—; ¿dónde has visto tú algo así? ¡Carnaval en verano, vampiros, cementerio!

En el descansillo de la escalera se volvió de nuevo y dijo adiós con la mano.

—¡Adiós, Antón!

La madre también dijo adiós con la mano, pero parecía intranquila y pensativa. ¿Sospecharía algo?

Antón cerró la puerta y se fue a su habitación. Por la ventana pudo ver cómo sus padres subían al coche y arrancaban.

¡Ojalá no se hiciera esperar mucho Rüdiger!

Entretanto se había puesto el sol. La luna estaba en el cielo, grande y redonda.

En la calle, seis pisos debajo de él, se habían encendido las farolas. Una mariposa grande y negra revoloteaba allí; se aproximó lentamente y empezó a subir con grandes impulsos hasta que estuvo a la altura de la ventana de Antón. En ese momento se produjo en ella una rara transformación: en primer lugar aparecieron dos pies bajo las alas, después asomaron dos manos y, finalmente, vio Antón una horrorosa cabeza que le era muy familiar. Era el pequeño vampiro, que ahora aterrizaba con un hábil giro junto a Antón en la repisa de la ventana.

—¡Hombre, que me has asustado! —bufó Antón.

—¿Cómo que «hombre»? —respondió el vampiro sacudiéndose.

—¿Vuelas siempre así, como una polilla? —preguntó Antón.

—¿Cómo dices? —exclamó el vampiro; los ojos le brillaban de cólera—. ¡Eso no era ninguna polilla, era un murciélago!

—¡Ah, vaya! —dijo embarazado Antón. ¡Siempre tenía que llevarse un planchazo!

Pero el vampiro no era rencoroso. Ya había puesto de nuevo una cara amigable; tanto como le era posible, siendo un vampiro.

—¿Estás solo? —preguntó.

Antón asintió.

—¡Te he traído algo!

Y de debajo de su capa sacó otra de igual corte y también negra. Que era una auténtica capa de vampiro lo reconoció estremeciéndose Antón por las muchas manchas de sangre y el olor a tierra húmeda, madera podrida y rancio aire de tumba.

—Póntela —susurró el vampiro.

—¿Que me la ponga? —preguntó Antón con voz temerosa.

—¡Venga!

—Sí, pero... —murmuró Antón.

Le vino a la memoria la historia de la fiesta de disfraces. ¿No se convertiría quizá él mismo en un vampiro si se ponía la capa? En las historias que él había leído las víctimas debían ser mordidas antes, pero... ¿sabía acaso qué era lo que pretendía hacer con él el vampiro?

Le invadió un fuerte temblor, y, con las rodillas flojas, caminó de espaldas, pesadamente, hacia la puerta.

—¡Pero, Antón —dijo el vampiro—, creo que somos amigos!

—Sss... sí —balbuceó Antón y, tropezando en su nerviosismo con la cartera que estaba junto al escritorio, se cayó al suelo todo lo largo que era.

El vampiro lo ayudó a levantarse.

—¿Crees que yo podría... hacerte algo? —preguntó mirando acechante a Antón con el rabillo del ojo.

—Nnn... no —dijo Antón poniéndose colorado—. Sólo pensaba que quizá la capa... Pero eso, naturalmente, es una i... idiotez —añadió rápidamente.

—¡Efectivamente! —corroboró el vampiro; levantó la capa del suelo y se la alcanzó a Antón—. ¡Toma, pónela!

Antón notó cómo de repente se sentía terriblemente mal, pero, a pesar de ello, cogió la capa y se la metió lentamente por la cabeza. El vampiro lo miraba con ojos brillantes.

—¡Y ahora... puedes volar!

—¿Volar? —preguntó Antón—. ¿Y cómo?

—¡Nada más fácil que eso! —exclamó el vampiro saltando sobre el escritorio y extendiendo los brazos—. ¡Simplemente imagínate que tus brazos son alas! Y entonces los mueves como alas, muy tranquila y suavemente. Arriba, abajo, arriba, abajo...

Apenas había dado los primeros impulsos cuando empezó a flotar.

—¡Y ahora te toca a ti! —exclamó después de aterrizar sobre la cama de Antón.

—¿Y... yo? —tartamudeó Antón.

—¡Pues claro!

Con piernas vacilantes Antón se subió igualmente al escritorio y extendió los brazos.

—¡Y ahora..., a volar! —ordenó el vampiro.

—¡No puedo!

—¡Claro que puedes!



—¡No!

—¡Sí! ¡Sólo tienes que querer!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Está bien!

De pronto a Antón le dio lo mismo estrellarse de cabeza contra el suelo sólo con

tal de hacer ver al vampiro que él, Antón, tenía razón: ¡Los seres humanos no vuelan!

Dio, pues, un largo salto hacia el centro de la habitación..., ¡y voló! ¡El aire lo sostenía! ¡Era una sensación como la que se siente al bucear..., sólo que mucho, mucho más hermosa!

—¡Puedo volar! —exclamó con júbilo.

—¡Pues claro —refunfuñó el vampiro—, pero ahora ven!

Estaba ya sobre la repisa de la ventana y, vuelto hacia Antón, lo miraba impaciente.

—¡Todavía tenemos muchas cosas que hacer esta noche!

Al decir esto se elevó y voló afuera, en la noche. Antón, que de pronto ya no tenía ningún miedo, lo siguió.

Murmullos de cementerio

—¿Adónde volamos? —preguntó de camino Antón.

—A mi casa —contestó el vampiro—, a recoger los libros.

—¿Qué libros?

—¡Los tuyos!

—¿Y dónde..., quiero decir, dónde están? —preguntó Antón.

El vampiro lo miró de soslayo y se rió irónicamente.

—En el ataúd, naturalmente, ¿dónde si no?

—Ah, vaya —dijo Antón tragando saliva—, entonces vamos seguramente al cementerio...

—¡Claro! ¿Tienes miedo?

—¿Yo? ¡No!

—Tampoco tienes por qué —dijo amablemente el vampiro—, mis parientes están, precisamente, todos fuera.

Antón suspiró aliviado.

Ante ellos apareció entonces el muro del cementerio.

—¡Pssst! —susurró el vampiro agarrando de la manga a Antón—. Debemos tener cuidado.

—¿Por qué? —preguntó Antón; pero el vampiro no dio respuesta alguna. Parecía estar escuchando intensamente.

—¿Hay alguien allí? —preguntó temeroso Antón.

Debían de encontrarse en un lugar completamente apartado, cerca de la parte trasera del cementerio. Antón podía acordarse de que el verano pasado habían pintado de blanco el muro del cementerio, pero aquí las piedras estaban tan grises como siempre y un espeso musgo las cubría.

—¿Uno de tus..., parientes? —le preguntó Antón.

El vampiro negó con la cabeza.

—El guardián del cementerio haciendo la ronda —siseó—. ¡Ven, vamos a aterrizar!

Apenas se habían escondido tras el muro, oyeron un fuerte carraspeo.

—Es él —susurró el vampiro.

Parecía preocupado y temeroso.

—¿Sabes? —susurró—, nos está buscando.

—¿A nosotros? —exclamó asustado Antón.

—¡Pssst! ¡A nosotros los vampiros, naturalmente!

—¿Y por qué?

—Porque no puede soportarnos. ¿Qué es lo que crees que lleva en su bolsillo? ¡Estacas de madera y un martillo!

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo lo sé?

El rostro del vampiro se volvió aún más pálido.

—¡Porque a mi querido tío Theodor le atravesó una estaca en el corazón!

—iliih! —gritó Antón.

—Y todo solamente porque mi tío Theodor, despreocupadamente, tocó un cuarteto encima del ataúd poco después de ponerse el sol. El guardián del cementerio sólo tuvo que observar el sitio en que se encontraba la tumba y al día siguiente, cuando aún era de día...

Hizo una pausa y volvió a escuchar atentamente. Pero todo permanecía en silencio.

—Y desde entonces —continuó susurrando— ya no nos deja en paz.

—¿Y no podríais sencillamente...? —opinó Antón haciendo castañetear significativamente los dientes.

—¡A él no! ¡Come ajo de la mañana a la noche!

—¡Brrr! —se estremeció Antón—. ¡Ajo!

—¡Cuando, por el contrario, pienso en el antiguo guardián del cementerio! —dijo nostálgico el vampiro—. No creía en nosotros y, además, era cojo. Ni una sola vez vino a este rincón del cementerio, de modo que ya casi habíamos olvidado que existen los guardianes.

Nostálgico miró hacia el oscuro cielo.

—¡Una persona tan buena!

—¿Y el nuevo —preguntó Antón— cree en vampiros?

—Por desgracia —contestó el vampiro—. Y no sólo eso: ¡se ha propuesto tener el primer cementerio sin vampiros de Europa!

Ponía una cara tan triste que a Antón le dio verdadera pena de él.

—¿Y no podéis hacer absolutamente nada en contra? —preguntó.

—¿Qué? —sollozó el vampiro.

—Podríais... mudaros de casa.

—¿Y adonde? ¿Quién querría tener ocho vampiros?

—Hummm —dijo Antón reflexionando—. ¿Y si os repartís? Quiero decir, si sólo hubiera uno en cada cementerio...

Pero el vampiro negó violentamente con la cabeza.

—¡Ni pensarlo! —exclamó—. ¡Los vampiros tienen que estar juntos!

Se puso en pie y espió por encima del muro.

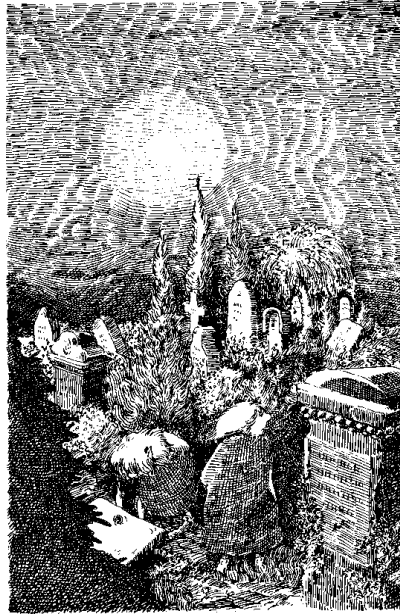
—¿Qué? —preguntó Antón.

—Se ha ido —dijo el vampiro—; ahora puedo enseñarte mi ataúd.

Antón, no obstante, se sentía un poco angustiado cuando saltaron por encima del muro del cementerio y se hallaron de repente en medio de lápidas derrumbadas, cruces desmoronadas y exuberante maleza. Reinaba un silencio inquietante y, a la luz de la luna, el cementerio parecía más sombrío e irreal. Pero en ningún sitio pudo descubrir Antón el rastro de una tumba habitada.

El vampiro sonrió.

—Está bien escondida, ¿no es cierto? Estás casi encima de la cripta y a pesar de ello no tienes idea de dónde está.



—¿Cripta? —preguntó sorprendido Antón—.

Yo creía que cada uno tenía su propia tu... tumba.

—Una medida de seguridad —aclaró el vampiro—. Hemos traído todos los ataúdes a una cripta común bajo tierra que sólo tiene una única y bien escondida entrada. Además, naturalmente, tenemos también una salida de emergencia.

Miró cautelosamente a su alrededor. Entonces levantó una piedra plana y cubierta de musgo que se encontraba, casi invisible, bajo un gran abeto. Apareció un estrecho pozo.

—La entrada —susurró—. Yo iré primero y tú me sigues. ¡Pero no olvides volver a colocar la piedra sobre el agujero!

El vampiro se deslizó rápidamente, metiendo primero los pies, en el interior del pozo.

La Cripta Schlotterstein

Durante un momento Antón permaneció de pie, indeciso. ¿Debía seguirlo al interior de la cripta? ¿Quién le decía que no era una trampa? Por otro lado..., ¿no había sido siempre el vampiro sincero con él? ¿Y no era mucho más peligroso estar allí solo en medio de la noche y en el cementerio? Si, por ejemplo, volviera en ese momento uno de los vampiros... ¡No! ¡En cualquier caso era mejor confiar en Rüdiger, que conocía todos los peligros del cementerio, y bajar!

Antón metió sus piernas en el agujero y resbaló lentamente hacia abajo. Al principio era una sensación excitante deslizarse así en el interior de la tierra, pero cuando ya sólo su cabeza y sus brazos asomaban fuera del agujero y tenía que decidirse a saltar, se sintió incómodo. ¿Qué ocurriría si el pozo era mucho más profundo...? ¿Podría volver arriba alguna vez?

Pero entonces oyó muy cerca la voz del vampiro:

—¡Salta, Antón! —Y se dejó caer.

Aterrizó sobre una plataforma. Por encima de él, todavía al alcance de sus manos, se encontraba el agujero de entrada. Se puso de puntillas y colocó la piedra sobre el agujero. Ahora estaba completamente oscuro a su alrededor y no vio nada hasta que sus ojos se acostumbraron lo suficiente a la oscuridad como para poder reconocer los escalones que conducían al interior de la cripta. Un débil resplandor subía hasta él y olía a podredumbre y a moho.

—¿Estás ahí? —exclamó Antón con voz temerosa.

—Sí, ven —respondió el vampiro.

Con pasos inseguros, Antón fue hacia abajo escalón por escalón hasta llegar de repente a una gruta. Era una habitación baja, sólo iluminada débilmente por la delgada vela que estaba encendida en un nicho junto a la entrada. A excepción de los ataúdes apoyados en las paredes, estaba completamente vacía. Encima del primer ataúd estaba de pie el pequeño vampiro mirando de frente a Antón con una resplandeciente sonrisa.

—¡Bienvenido a la Cripta Schlotterstein! —exclamó, y preguntó orgulloso—: Bueno, ¿qué dices ahora?

—Yo... —dijo Antón quedándose cortado.

¿Podía acaso confesar que encontraba horrible la cripta y que temía asfixiarse debido al repugnante olor?

—Un sitio estupendo, ¿no te parece? —dijo entusiasmado el vampiro.

—¿Y por qué... Schlotterstein? —preguntó Antón con voz débil.

—¡Porque —informó el vampiro— éste es el último retiro de la familia Von Schlotterstein!

—¿Tú también te llamas Schlotterstein? —preguntó Antón.

—¡Efectivamente! ¡Soy Rüdiger von Schlotterstein, por favor!

Al decir esto hizo una ridícula reverencia durante la cual Antón vio su delgado y rugoso cuello.

—¡Y ahora —exclamó el pequeño vampiro saltando desde el lugar en donde estaba— voy a enseñarte los ataúdes!

Cogió la vela, tomó a Antón del brazo y entró con él en la cripta. La trémula luz

de la vela arrojaba fantasmagóricas sombras que bailaban en la pared. Antón sintió que se le secaba la boca.

—Aquí puedes ver el ataúd de mi querida abuela —aclaró el vampiro, de pie ante un ataúd grande y adornado con muchas tallas en la madera—. Sabine von Schlotterstein la Horrible.

—¿La Horrible? —preguntó Antón.

—Bueno, eso fue antiguamente —lo tranquilizó el vampiro—. Al fin y al cabo ella fue el primer vampiro de la familia y tenía que adquirir fama en todas partes.

Antón observó el ataúd con espanto. ¿Qué podría yacer allí dentro durante el día?

—Y éste —dijo el vampiro al lado del siguiente ataúd— es de Wilhelm, mi abuelo. Sabine, naturalmente, lo mordió a él primero y así él la siguió muy pronto y pudo protegerla enérgicamente en sus salidas nocturnas. Se llamaba entonces Wilhelm el Tétrico —añadió riéndose para sí.

—¿Tuvo también él que... adquirir fama? —preguntó Antón.

—No —respondió el vampiro—, pero siempre tenía un hambre tremenda.

Antón sintió que le corría un escalofrío por la espalda.

—¿Y de quién es éste? —preguntó rápidamente señalando el tercer ataúd.

—Éste es de mi padre —aclaró el vampiro—, Ludwig von Schlotterstein el Terrible, el hijo mayor de Sabine y Wilhelm von Schlotterstein. Juntó a él yace mi madre, Hildegard la Sedienta. Mi padre, naturalmente, ya era vampiro cuando se casaron. Mi madre, ciertamente, no sabía nada. Sólo estando ya en el Castillo de Schlotterstein...

No siguió hablando, sino que hizo una mueca y castañeteó sus dientes.

—Sí, y éste —continuó— es mi ataúd. Puedes incluso meterte en él.

—No, gracias —murmuró Antón—, mejor no.

—¿Por qué no? —exclamó el vampiro apresurándose a levantar la tapa. El interior del ataúd estaba revestido de terciopelo negro, que, en ciertos sitios, parecía ya bastante gastado. En la cabecera había un pequeño cojín negro sobre el cual descubrió Antón sus dos libros.

—¿Eso es todo? —preguntó decepcionado.

—¿Por qué? —exclamó el vampiro.

—Bueno —dijo Antón—, yo me lo había imaginado algo más confortable.

—¿Más confortable? —preguntó el vampiro poniendo una cara sorprendida—. ¿Cómo?

—Quizá algo más..., es..., espacioso —tartamudeó Antón que sintió que había dicho algo malo.

—¿Más espacioso? —exclamó indignado el vampiro—. ¿Acaso no hay sitio suficiente? ¡Incluso queda espacio para ti si nos apretamos un poco!

Al decir esto se metió en el ataúd, puso los libros a un lado y se estiró cómodamente.

—¿Lo ves? —exclamó—. ¡Todavía hay sitio para ti!

—Es cierto —murmuró Antón—, no hubiera pensado en absoluto que fuera tan...

—No tienes que pensar —exclamó impaciente el vampiro—, ¡sino meterte en él!

—Eh... yo... —dijo Antón acercándose al siguiente ataúd—. Llevo todo el tiempo preguntándome a quién pertenecerá este bonito ataúd.

El vampiro levantó la cabeza y gruñó:

—A mi hermana pequeña. Pero ven de una vez.

—¿Y el de ahí detrás? —exclamó confundido Antón. ¡Nunca jamás se metería con Rüdiger en el ataúd!

—Ése es de mi hermano —dijo el vampiro rechinando los dientes—. Lumpi von Schlotterstein el Fuerte.

—¿Y cómo... se llama tu hermana? —Antón intentó una vez más desviar la atención.

En ese momento oyó una suave llamada que parecía venir de uno de los ataúdes. Se quedó rígido de espanto. ¿No estaban solos en la cripta? ¿Le había mentido Rüdiger? Pero también en el rostro del vampiro se reflejaban la sorpresa y el miedo.

—¡Pssst! —susurró mientras salía ágilmente del ataúd—. Eso no puede significar nada bueno. Tienes que esconderte.

—¿Esconderme? —exclamó asustado Antón—. ¿Dónde?

El vampiro señaló un ataúd cuya tapa aún estaba abierta.

Entonces volvieron a llamar, pero esta vez mucho más alto y con más fuerza, y ahora pudieron reconocer claramente de qué ataúd venían los golpes.

—¡Tía Dorothee! —exclamó asustado el vampiro.

Su rostro parecía de repente aún más blanco y sus dientes castañeteaban como si tuviera escalofríos.

—¡Rápido, a mi ataúd! —exclamó—. ¡Si tía Dorothee te encuentra aquí estás perdido!

A Antón se le había metido de tal modo el miedo en el cuerpo que se dejó arrastrar inconscientemente al ataúd y se metió dentro.

—¡Y sin rechistar! —le recomendó encarecidamente el vampiro antes de cerrar la tapa.

Entonces Antón se encontró solo. Una oscuridad como boca de lobo lo rodeaba, y olía tan repugnantemente que casi se ponía malo.

Procedente de la cripta oyó la voz del vampiro:

—Ya voy, tía Dorothee.

Una tapa de ataúd chirrió y entonces estalló un griterío ensordecedor.

—¡Qué infamia! —aulló una estridente voz femenina—. ¡Me dejáis morirme de hambre aquí dentro! ¡Diez minutos más y me hubiera muerto de debilidad!

—Pero, tía Dorothee —dijo el vampiro—, ¿por qué no has abierto tú misma la tapa?

—¿Por qué? —refunfuñó—. Porque estoy tan agotada que apenas podía llamar. Además, me había desmayado de hambre.

Por los ruidos que siguieron reconoció Antón que la tía se levantaba del ataúd.

—¡Ay, qué débil estoy! —se quejó—. ¡Si al menos tuviera algo que comer!

—Pero ¿qué es esto? —exclamó con la voz de pronto completamente cambiada—. ¡Huelo sangre humana!

A Antón se le paró el corazón. ¡Si ella lo encontraba allí...!

—Pero tía —dijo el vampiro—, eso es completamente imposible. Debes de estar equivocada.

—Yo nunca me equivoco —declaró la tía—. En cualquier caso..., también podría venir de fuera...

—Quizá está paseando un hombre con su perro en este momento —dijo el vampiro—. De todas formas, ¡apresúrate antes de que se vaya!

—¡Tienes razón! —exclamó excitada la tía—. ¡Si no me doy prisa se habrá marchado!

Antón oyó cómo se precipitaba escaleras arriba y echaba la piedra a un lado. Después todo quedó en silencio. Antón contuvo la respiración y

escuchó atentamente. ¿Se había ido también Rüdiger? Pero entonces oyó leves pasos escaleras abajo e inmediatamente levantaron la tapa del ataúd.



—Hola —dijo el vampiro riendo irónicamente.

Antón levantó la cabeza y preguntó cauteloso:

—¿Se ha marchado?

—Claro —se rió el vampiro—, está buscando al hombre del perro.

Antón se había sentado en el borde del ataúd. Se sentía muerto de cansancio.

—No tienes una pinta especialmente animada —dijo el vampiro.

—Quiero irme a casa —murmuró Antón.

—¿A casa? —exclamó el vampiro—. ¡Pero si la noche acaba de empezar!

Antón sólo negó en silencio con la cabeza.

—Está bien, si quieres —gruñó el vampiro—, podemos volar de vuelta. ¡Pero no olvides tus libros!

Apenas diez minutos después Antón estaba echado en su cama. Miró una vez más a la ventana que había cerrado al entrar, tras la que la noche se veía negra y extraña. Después cerró los ojos y se durmió.

Mal despertar

Cuando Antón se despertó, ya olía a comida en la casa. Olisqueó: isoufflé al horno!

¿Tanto tiempo había dormido? Pero entonces se dio cuenta de que se había ido tarde a la cama y los acontecimientos de la noche anterior pasaron nuevamente ante él como en una película: el vuelo inicial, la visita a la cripta, la llamada, el escondite en el ataúd y, al final, el vuelo de regreso, en el que había llevado puesta de nuevo la horrible capa.

¿Dónde estaba? La había dejado junto al resto de su ropa, encima de la silla; isin embargo, ahora ya no estaba allí! ¿La habían encontrado sus padres?

De repente Antón estuvo completamente despierto: ien la cocina estaba funcionando la lavadora!

Saltó de la cama, se vistió y entró corriendo en la cocina. Su padre estaba sentado a la mesa, pelando manzanas.

—Buenos días, Antón —dijo amablemente.

—Buenos días —gruñó Antón.

—¿Sigues cansado? —se rió irónicamente el padre.

—Nooo —dijo Antón mirando de reojo hacia la lavadora.

El tambor giraba, pero no podía identificar mucho entre la espuma.

—¿Buscas algo? —preguntó el padre.

—No, no —dijo con ligereza Antón.

Fue a la nevera y se sirvió leche.

—¿Qué es lo que estáis lavando ahí? —preguntó.

Dicho esto miró intensamente dentro de su vaso para no traicionarse.

—¿Por qué preguntas?

—Porque... tengo más ropa sucia.

Si el padre paraba la lavadora, él podría comprobar si la capa estaba dentro, iy sacarla disimuladamente en caso de necesidad!

—¿Qué es lo que quieres lavar?

—Calcetines —aclaró Antón—. Calcetines blancos.

—Ya, ya, calcetines blancos —dijo el padre, que casi se había echado a reír—. No los puedo lavar con esto. ¡Precisamente hay sólo ropa oscura dentro!

—¿Sólo ropa oscura? —exclamó Antón—. ¿También algo mío?

—Sííí —dijo el padre alargando la palabra.

—Y... ¿el qué?

—Eso tienes que preguntárselo a mamá.

—¿Y dónde está?

—En la sala de estar. Está zurciendo.

—¿Zurciendo?

Antón se asustó. Una idea nueva y casi más horrible aún despertó en él. ¡Pues se acordó de los muchos agujeros que tenía la capa!

—¿Está zurciendo... medias? —preguntó cauteloso.

—Medias seguro que no —se rió el padre—. Ha encontrado un gran paño negro con muchos agujeros...

—¿Qué? —exclamó Antón—. ¿Negro con muchos agujeros?

Irrumpió en la sala de estar. Ahora le daba lo mismo si se descubría o no.

La madre estaba sentada al lado de la ventana ocupada en enhebrar una fina aguja con un largo hilo negro de lana. ¡Sobre su regazo estaba la capa de Rüdiger!

—Puff —suspiró al ver a Antón—. ¡Cómo apesta!

—La... la capa pertenece a mi a... amigo —tartamudeó Antón.

—Lo sé —dijo sonriendo la madre—. Pobre hombre..., una capa tan estropeada. ¡Puedo meter el dedo a través de los agujeros!

—Quizá él no quiera que se los zurzan —dijo Antón.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—El... él me lo ha dicho.

La madre, entretanto, había zurcido el segundo agujero y enhebraba la aguja con un nuevo hilo.

—Eso no me lo creo —dijo tranquilamente—. Ninguna persona iría por ahí voluntariamente con una capa tan agujereada. Quizá no tenga a nadie que sepa zurcir. No, no —añadió ella dando decidida otra puntada en la tela—. Seguro que me estará agradecido. ¿Cómo se llama?

—Rüdiger —gruñó Antón.

Ya estaba en la puerta. Hubiera preferido gritar: tan encolerizado estaba. ¡Y su padre seguía haciéndose el tonto! Se habían puesto de acuerdo él y su madre. ¡Pero no podrían con él!

—¿No quieres comer nada? —gritó el padre desde la cocina.

—Nooo —dijo Antón.

—¡Dentro de diez minutos estará listo el soufflé!

—Sí —refunfuñó Antón.

Se fue a su habitación y se echó en la cama.

«¡Qué guarrada! ¡Quitarme la capa y zurcirla sin ni siquiera haberme preguntado!» Y no sólo eso..., isino incluso seguir zurciendo después de sus protestas!

Antón estaba enfadado por haber dejado la capa tan al alcance de la mano aun sabiendo que sus padres siempre se asomaban por las mañanas a su habitación para ver si estaba durmiendo todavía.

Pero quizá no fuera tan malo que ella zurciera los agujeros. En realidad, el vampiro debía poder volar mucho mejor con una capa sin agujeros. ¡Al final tendría razón su madre y él estaría realmente agradecido por el zurcido!

Antón oyó los pasos de su madre en el pasillo. Rápidamente se levantó y empezó a hacer la cama. Cuando sacudía la almohada llamaron.

—¿Antón?

—Sí. Puedes entrar.

—Aquí tienes —dijo la madre—, tu capa. ¡Todo zurcido!

—Gracias —murmuró Antón.

Cogió la capa y la colocó encima de la silla.

—Me hubiera gustado lavarla, sí —dijo—, pero entonces tardaría mucho en secarse. Y Rüdiger la necesita, ¿no?

—Sí, sí —dijo rápidamente Antón.

—¿No quieres llevarle enseguida la capa? —preguntó.

—Ahora..., eh...

Antón miró a su alrededor en busca de ayuda.

—Ahora está todavía durmiendo.

—¿Qué? —se rió la madre—. ¿Sabes lo tarde que es?

—¡La comida está lista! —gritó en ese momento el padre.

—Un curioso amigo debe de ser, si duerme hasta mediodía —dijo la madre observando examinante a Antón—. Eso tienes que aclarármelo con detalle durante la comida.

—Yo... eh... es que no tengo nada de hambre —dijo, a pesar de que su estómago sonaba terriblemente.

—¡Qué disparate! —dijo la madre.

Y el padre gritó:

—¡Ni siquiera has desayunado aún!

—Está bien —gruñó Antón.

Realmente el soufflé era su comida favorita, pero ese día no le sabía nada bien. Pensó intensamente cómo podía aclarar el asunto del largo sueño mientras se metía en la boca, sin gana, bocado tras bocado.

—Sabroso, ¿verdad? —dijo entusiasmado el padre, que ya se había llenado el plato por segunda vez.

—¡Muy sabroso! —asintió la madre—. ¡Sólo a Antón parece no gustarle!

Antón notó cómo se ponía colorado.

—Dime, ¿cómo se llama Rüdiger de apellido? —preguntó de repente la madre.

Antón se asustó.

—¿Por qué?

—¡Por qué, por qué! —se rió la madre—. ¡Porque me interesa!

—Schlotterstein —dijo Antón.

—¿Cómo?

La madre puso cara divertida.

—¿Schlotterstein? ¿Rüdiger Schlotterstein?

—Von Schlotterstein —corrigió Antón—. Rüdiger von Schlotterstein.

—Pues eso es todavía peor —se rió el padre.

—Antón Bohnsack tampoco es mejor —dijo airado Antón.

—Bueno, bueno —sonrió con satisfacción el padre—. ¿Acaso nosotros no nos llamamos también Bohnsack?

—¡Sí, vosotros! —exclamó Antón—. ¡Vosotros sois mayores; de vosotros no se ríe nadie!

—Alégrate de no llamarte Schlottersack —dijo la madre.

Pero Antón no puso, de ningún modo, buena cara. Malhumorado, revolvió en su plato. ¡Seguían riéndose de él!

—Antón —dijo la madre—, no te ofendas siempre con tanta facilidad.

—¿Puedo irme ahora? —preguntó Antón.

—Un momento —dijo la madre—. ¿Qué pasa con la capa? ¿Te la llevas?

—Eh..., sí —murmuró Antón.

—Podría llevarte en el coche —propuso el padre.

—¿Adó... adonde? —tartamudeó Antón.

—Bueno, a casa de tu amigo —dijo el padre—. Yo paso por el cementerio.

—¿Por el ce... cementerio?

Antón se había puesto completamente pálido.

—Vive junto al cementerio..., ¿o no? —preguntó la madre.

—Sss..., sí —murmuró Antón.

—Y entonces me lo puedes presentar —dijo el padre.

—Y así lo invitamos —completó la madre.

—Pero... —dijo Antón indefenso—, es que sigue durmiendo, y además prefiero ir a pie...

—Vaya, vaya, vaya —dijo el padre—, mi señor hijo de peatón. ¡Esto sí que es algo completamente nuevo!

—Déjalo —dijo la madre; y volviéndose a Antón declaró—: Pero me gustaría al menos que lo invitaras. ¡Queremos conocerlo de una vez!

Se detuvo, reflexionando un momento.

—El miércoles me viene bien. ¡Podría incluso haceros un pastel!

—Yo... me voy ahora —murmuró Antón.

—¡No olvides la capa! —gritó la madre—. Y piensa en ello: ¡el miércoles a las cuatro!

Lápidas en forma de corazón

Domingo a mediodía de doce a tres: ésas eran las horas más aburridas e inútiles de toda la semana, según creía Antón. A partir de las doce olía por todas partes a asado de domingo, después se comía, y luego se dormía la siesta. Los niños no tenían ninguna autoridad durante esas horas. ¡Ay de ellos si jugaban al fútbol en la calle o daban vueltas por ahí con la bicicleta!

Así ocurría que el ascensor en el que Antón bajaba entonces estaba completamente vacío. También la calle estaba desierta. No pasaba ni un coche. Antón caminaba sobre el bordillo de la acera y hacía girar la bolsa en la que había guardado la capa. Sabía que sus padres habían salido al balcón para decirle adiós, pero miraba hosco hacia el frente. ¿Es que iban a esperar hasta el día del juicio? ¿Acaso no iba a regresar nunca más con vida? Pensando en lo que se le venía encima en el cementerio, se sintió en una situación crítica. ¿Cómo iba a llevar la capa a la cripta a plena luz del día? ¿Y cómo iba a invitar a Rüdiger? ¿Con una carta? Como medida precautoria llevaba un cuaderno de notas y un lápiz. ¡Pero seguro que delante de la cripta no había ningún buzón! Y si bajaba al interior de la cripta y dejaba la carta a Rüdiger en el ataúd, se despertarían quizá los otros vampiros y lo que pasara entonces...

Los pasos de Antón se habían hecho cada vez más lentos según se iba acercando al cementerio. Ahora se detuvo. Cerró los ojos y pensó.

—¡Eh, Antón! —oyó entonces.

—¿Tú? —dijo Antón pestañeando.

Frente a él estaba Udo, un chico de quinto curso que tenía el mote de «Cotorra».

—¿Qué es lo que estás haciendo aquí? —preguntó colocándose con las piernas abiertas y los brazos cruzados delante de Antón.

—Yo... —murmuró Antón—, simplemente voy por aquí.

Esta era, naturalmente, una respuesta bastante estúpida con la que Udo no se daría por satisfecho. Pero así al menos tendría tiempo para pensar algo mejor. ¿Debía decir la verdad? Así y todo Udo no le creería... ¡pero quizá pensara que le tomaba el pelo y desapareciera voluntariamente!

—¡Simplemente voy por aquí! —se burló Udo haciendo una mueca condenatoria—. Seguro que no se te ha ocurrido algo más tonto, ¿eh?

—Sí —dijo Antón—, vengo a visitar a un amigo.

—¿Lo conozco? —preguntó Udo al acecho.

—No creo —dijo Antón riéndose irónicamente—, ¿o conoces a algún vampiro?

Durante un instante Udo se sintió demasiado sorprendido como para contestar, pero, finalmente, dijo desdeñoso:

—¡Vampiros! ¡Estás chalado! ¡Ni que estuviéramos en el cine!

Meneó la cabeza y miró compasivo a Antón como si estuviera enfermo.

—¡Lárgate —dijo después con voz de repente colérica y excitada— y no vuelvas a dejarte ver por aquí!

—Sí, sí —dijo Antón—, pero que no cunda el pánico.

Haciendo girar la bolsa y silbando *El pequeño Juanita*, siguió andando lentamente. Udo no debía pensar, de ningún modo, que le tenía miedo... ¡aun

cuando estuviera dos cursos por encima de él!

Sin volverse, caminó hasta el muro del cementerio. Estaba, en efecto, pintado de blanco, y era tan alto que Antón sólo veía las puntas de los abetos que crecían detrás. Poco antes de llegar al portón de entrada se detuvo y miró furtivamente hacia atrás. Pero Udo había desaparecido. Antón esperó aún un par de minutos, pero como no ocurría nada abrió el portón y entró.

Le rodeó un silencio sepulcral y un olor a tierra y a flores. «No está tan mal — pensó Antón—. ¡En todo caso ni la más mínima huella de actividad!» Tranquilizado siguió su camino. Si no hubiera sido por las muchas cruces y lápidas con sus extrañas inscripciones como «Descansa en paz», habría podido pensar que caminaba por un parque. ¡Sólo que era raro no encontrarse con nadie! Pero quizá el domingo por la tarde no era el momento adecuado para una visita al cementerio. En fin, a él le venía bien. Podía moverse con más tranquilidad.

Bajó por el camino principal. Había acompañado algunas veces a su madre a visitar las tumbas de la familia. Por eso aún se acordaba de que la parte más agreste del cementerio empezaba detrás de la capilla que estaba al final del camino. Esta capilla siempre le había hecho sentir un misterioso estremecimiento: estaba construida como un edificio normal, pero no tenía ninguna ventana, sólo una gigantesca puerta de hierro. Y a pesar de que parecía vieja y desmoronada, había en la puerta un candado a todas luces completamente nuevo y usado a menudo, y esto era realmente lo más inquietante, ¡pues Antón no había visto nunca entrar o salir a nadie!

También ahora pasó al lado de la capilla con una sensación desagradable. Nada había cambiado; incluso el cerrojo relucía al sol exactamente igual. ¿Estaría vacía la capilla? ¿Y si no... qué podría haber en ella? «Seguro que nada bueno», pensó Antón. Y se acordó de la historia de la noche en el panteón que había leído una vez: para ganar una apuesta, un hombre se había hecho encerrar en un panteón durante la noche. Al principio había pensado que estaba solo, pero después, cuando la luz de la luna entró a través de la ventana, se movió de repente la tapa del ataúd que estaba junto a él y de allí salió... ¡Aunque brillaba el sol, a Antón le corrió un escalofrío por la espalda al pensar en el ser que había salido del ataúd!

De repente le entró prisa por entregar la capa y abandonar el cementerio. Pues ¿quién sabe todo lo que vagaría por allí?

En los libros de Antón, naturalmente, no sólo había vampiros..., ellos eran casi los más inofensivos..., había, por ejemplo, muertos en apariencia. Había leído en una ocasión algo sobre una mujer que durante días había golpeado una y otra vez contra la tapa del ataúd hasta morir de extenuación.

Antón apresuró el paso. En caso de que alguien llamara..., él, Antón, ¡seguro que no iría! ¡Lo mejor sería correr tan rápido que no pudiera oír la llamada en absoluto! ¡También le vino a la cabeza la imagen de tía Dorothee en la cripta, la noche anterior!

Antón había abandonado ya la parte del cementerio en la que los caminos estaban rastrillados y los setos cuidadosamente podados. Allí, detrás de la capilla, la hierba crecía casi hasta la altura de la rodilla y tenía que abrirse camino a través de malas hierbas y arbustos. Pero a lo lejos veía el muro del cementerio. En algún lugar de los alrededores tenía que estar el abeto... ¡y la entrada a la cripta!

Mientras seguía andando le pareció de pronto oír pasos en el camino de grava detrás de él. Un terror helado lo recorrió. ¿Quién o qué podía seguirlo? ¿Alguien que salía de la capilla?

Pero al momento siguiente estaba otra vez en calma, y entonces se atrevió a

volverse...; el cementerio estaba exactamente igual, vacío y silencioso. ¿No se habría imaginado lo de los pasos? ¡Al fin y al cabo, allí se estaba condenadamente solo y uno podía imaginar las cosas más extrañas!

Casi tropezó con una lápida en la hierba. Era una curiosa piedra: tenía la forma de un corazón! Y con escritura florida y apenas legible ya ponía: «Ludwig von Schlotterstein, 1803-1850». Antón se sorprendió, ¡pues si las fechas estaban bien, el padre de Rüdiger llevaba más de cien años muerto! Un par de pasos más allá descubrió una segunda losa igualmente en forma de corazón en la que ponía: «Hildegard von Schlotterstein, 1804-1849». Allí al lado encontró las lápidas de los abuelos: «Sabine von Schlotterstein, 1781-1847» y «Wilhelm von Schlotterstein, 1780-1848». ¡Y todas las lápidas tenían la misma forma de corazón! Realmente era demasiado extraño y cualquiera se quedaría perplejo. ¿Y qué es lo que podría significar un corazón? En primer lugar, amor —Antón se rió para sí— y en segundo lugar, ¡¡¡sangre!!! ¿Quién no sabía que el corazón bombeaba la sangre por el cuerpo?

Cuando Antón comparó las cifras de los años se dio cuenta de que los vampiros habían muerto en una secuencia determinada; precisamente, siempre con un intervalo de un año: primero Sabine, luego Wilhelm, Hildegard, Ludwig, Dorothee y Theodor. ¿Significaba eso que siempre, uno al otro...? ¿Y los niños? ¿Quién les había...? Y, además, ¿dónde estaban sus lápidas?

Pero por mucho que Antón buscó, sólo encontró simples losas grises que, con seguridad, no guardaban ninguna tumba de vampiro. Quizá el pequeño vampiro y sus hermanos no tenían lápida. Presumiblemente murieron siendo los últimos de los Schlotterstein y no tuvieron a nadie que les procurara un entierro de vampiros en condiciones.



Mientras aún reflexionaba oyó de pronto un crujido en la maleza junto a él y al volverse vio el rostro de Udo, que se reía irónicamente.

—¿Tú? —fue lo único que se le ocurrió.

—¿Te sorprende?

Con una sonrisa vanidosa, Udo salió de la maleza.

—Pero ¿qué miras así? ¿Soy yo un fantasma?

—Eh..., yo —murmuró Antón—. Pensaba que sería...

—Un espíritu, ¿eh? —exclamó Udo riéndose con fuerza.

—No, pensaba que sería mi amigo —aclaró Antón—, íbamos a encontrarnos aquí, pero no ha venido todavía.

¿Se creería eso Udo? ¡Con las prisas no se le había ocurrido nada mejor!

—Ya, ya —dijo Udo poniendo cara de incredulidad—, ¡y supones que me lo voy a creer!

Y de repente gritó:

—Tú piensas que yo soy tonto, ¿eh?

Agarró a Antón de la barbilla y empujó lentamente hacia arriba.

—¡Ay! —protestó Antón; pero Udo lo único que hizo fue empujar con más fuerza aún.

—¿Ves? —se rió enfadado—, éste es el castigo. Y ahora desembucha: ¿qué vienes a hacer aquí?

—Primero tienes que soltarme —exigió Antón.

—Está bien —dijo Udo, dando un paso atrás.

Miró fijamente a Antón:

—¿Y bien?

—Yo... yo no he mentido —dijo Antón—. He quedado de verdad con un amigo aquí.

—¿Y cómo se llama tu amigo?

—Rüdiger. Rüdiger von Schlotterstein.

Nuevamente apareció la expresión incrédula en el rostro de Udo.

—¿Y qué venís a hacer en el cementerio?

Antón reflexionó febrilmente. Lo de la cripta no podía contarlo de ninguna manera. ¡Udo lo denunciaría todo y entonces los vampiros estarían perdidos para siempre!

—Nosotros... queríamos buscar tumbas de vampiros —dijo finalmente.

—¡Tumbas de vampiros! —dijo Udo bostezando—. ¡Vaya bola!

—No, no —dijo apasionadamente Antón—. ¡En la familia de Rüdiger debe de haber habido vampiros antiguamente!

—Ajá —dijo Udo, no poco divertido.

—¡Dicen que se pueden reconocer sus tumbas por una cosa! —declaró Antón.

Esto pareció interesar a Udo.

—¿Por una cosa? —preguntó.

—¡Sí! ¡Por las lápidas!

—¿Qué pasa con las lápidas?

—Pues... —y aquí bajó Antón la voz y miró misteriosamente a todas partes—, tienen forma de corazón.

—¿Forma de corazón?

—¿No comprendes? —dijo Antón—. Corazón..., ¡eso significa sangre!

Udo contrajo la comisura de los labios con enfado.

—¡Venga, hombre, qué bobadas! —refunfuñó—. ¡En todo el cementerio no encontrarás ninguna lápida con forma de corazón!

Antón tuvo que contenerse para no echarse a reír.

—¿Quién sabe, quién sabe? —Se rió para sí—. Y además buscar no cuesta nada.

—¿Y por qué no estás buscando? —preguntó de mal humor Udo.

—Porque... quería esperar a mi amigo.

De todas formas, algo había conseguido Antón: desviar el interés de Udo hacia las lápidas. Pues que le preocupaba el asunto de las lápidas podía notarse en la forma en que Udo miraba a su alrededor e, intranquilo, se pisaba un pie con otro.

—¿Apostamos? —preguntó de repente Udo—. Tres marcos para ti si encontramos las lápidas, y si no, cuatro para mí.

—¿Cómo es que tú ganas cuatro marcos y yo sólo tres? —exclamó indignado Antón.

Udo mostró su «sonrisa de quinto curso», llena de superioridad.

—¿Por qué? —se rió irónicamente—. ¡Porque para ti tres marcos son exactamente igual que para mí cuatro!

—Eso es injusto —dijo Antón—. Al fin y al cabo, yo tengo que pagar los cuatro marcos si pierdo.

—¿O sea, que vas a perder? —preguntó Udo.

—Bueno —dijo Antón y no pudo ocultar una sonrisa de seguridad en la victoria—, ¿quién sabe...?

—¡Venga, busquemos! —determinó Udo—. Yo por aquí y tú por allí arriba.

Antón había caminado apenas un par de pasos en dirección a la capilla cuando oyó gritar a Udo.

—¡Antón, ven rápido! —exclamó—. ¡Las he encontrado!

Antón puso cara de sorpresa.

—¿De veras? —dijo.

Udo estaba completamente excitado.

—¡Jo! —exclamaba una y otra vez—. ¡Lápidas en forma de corazón! Mira, aquí pone algo: «Ludwig von Schlotterstein, 1803-1850», y «Hildegard von Schlotterstein, 1804-1849».

Miró pestañeando a Antón.

—Dime, ¿tu amigo no se llamaba también Schlotterstein?

Antón intentó parecer lo más tranquilo posible. Encogió los hombros y dijo:

—Sí.

Udo había encontrado ahora las otras lápidas.

—¡Aquí! —exclamó con voz de falsete—. «Sabine, Wilhelm»..., y allí, escucha esto: «¡Dorothee von Schlotterstein-Seifenschwein!». ¿Habías oído alguna vez un nombre tan estúpido?

Se rió y Antón se rió con él.

—Pero éstos están muertos para siempre —dijo entonces—, ¿o piensas que vuelan todavía?

—Yo pensaba que tú no creías en vampiros —se rió irónicamente Antón.

—Bueno, no —gruñó Udo—, pero lo de las lápidas...

Hizo una pausa.

—Dime, ¿no has dicho que tu amigo era también vampiro?

—¿Lo he dicho? —contestó Antón.

—¡Claro! ¡Cuando estábamos delante del cementerio!

—Entonces será verdad —dijo Antón.

Udo se aproximó un paso y miró con atención a Antón.

—¿Y bien? ¿Es verdad?

Antón se rió para dentro.

—No puedo contarte muchas cosas si no crees en vampiros.

—Quizá sí crea —dijo Udo—, y en caso de que no, podrías presentarme a tu amigo para convencerme.

—¿Ahora? —se rió irónicamente Antón.

—¿Por qué no? —dijo Udo.

La indiferencia de Antón y su desprecio afectado le enojaban.

—Porque —dijo tranquilamente Antón— los vampiros no se levantan hasta después de la puesta de sol. Y ahora es por la tarde.

—¿Y por qué has dicho que habías quedado con él?

—Es que tenía que decir algo tonto —dijo Antón.

Udo estaba tan sorprendido que miró fijamente a Antón durante un momento sin hablar. Pero después se tiñó su rostro de rojo y con voz ronca de ira chilló:

—¡Tú..., tú, imbécil! ¡Lárgate con tus vampiros! ¡Eso son cuentos!

—Pero tú te los has creído —se rió Antón.

—¿Yo? —Udo fingió indignación—. Yo no.

Antón sólo se rió irónicamente.

—¡Y además —exclamó Udo— ahora me voy a casa!

Se dio la vuelta y desapareció.

En ese momento se le ocurrió a Antón una idea: «si el miércoles no fuera Rüdiger sino Udo quien... Pero no como Udo, sino como Rüdiger...». ¡Claro, ésa era la salvación! Sus padres no se iban a dar cuenta de nada; ¡en definitiva, ellos no habían visto a Rüdiger todavía!

—¡¡U...dooo!! —gritó Antón tan alto como pudo, echando a correr tras él—. ¡Espera!

Anna la Desdentada

Antón dormía ya cuando, esa misma noche, llamaron suavemente a la ventana. Esta vez tenía las cortinas cerradas y así, parpadeando adormilado, sólo pudo reconocer los contornos de dos oscuras figuras que estaban acurrucadas delante de la ventana. Enseguida estuvo completamente despierto. Naturalmente eran vampiros, pues ¡quién si no hubiera podido en medio de la noche llamar a la ventana de su casa en un sexto piso! Pero ¿cómo es que eran dos? ¡Rüdiger siempre había venido solo! ¿Sería, quizá, una trampa? ¿Habrían quizá llegado a saber dónde vivía? Pero ¿no le habría prevenido entonces Rüdiger? No, reflexionó Antón, era mucho más probable que fuese el propio Rüdiger..., pero ¿a quién podía haber traído consigo?

Llamaron de nuevo, pero con mucha más impaciencia. Caminó de puntillas hacia la ventana y atisbo entre la cortina: reconoció al pequeño vampiro que se había envuelto hasta por encima de la barbilla en su capa, y junto a él a un segundo vampiro aún más pequeño, que llevaba igualmente una capa negra.

—¡Antón! —oyó entonces la voz ronca de Rüdiger—. ¡Soy yo!

Con el corazón latiendo muy deprisa, Antón echó a un lado la cortina: ...¡junto al vampiro había una niña-vampiro! Estaba tan sorprendido que, durante unos segundos, se quedó tan quieto como si hubiera echado raíces.

—¡Abre de una vez! —exclamó el vampiro deslizándose intranquilo de un lado a otro sobre la repisa de la ventana.

Antón se apresuró a abrir la ventana. Casi sin ruido entraron ambos en la habitación.

—Mi hermana —dijo el vampiro señalando a la niña-vampiro—, Anna la Desdentada.

Anna tenía una cara pequeña y blanca como la nieve, ojos de color rosa y una cara redonda. Sonrió amablemente a Antón.

Luego se puso colorada.

—No tienes que decir siempre «Anna la Desdentada» —protestó—. Al fin y al cabo, ya crecerán, y, además, ¡tú a mi edad tampoco tenías!

—Ella es la única de la familia que se alimenta de leche —rió el vampiro.

—¡Pero ya no por mucho tiempo! —dijo orgullosa Anna.

—Ella quería conocerte como fuera —declaró el vampiro.

—¿A mí? —preguntó Antón.

El rostro de Anna se había puesto rojo oscuro.

—¿Y bien? —dijo ella mirando obstinada a su hermano—. ¿Está prohibido?

Dirigiéndose a Antón continuó, sonriendo:

—Es que quería ver tus libros. ¡Él... —Y al decir esto señaló a su hermano— me ha contado que tienes muchísimos!

Fue a la estantería y sacó un libro.

—Éste, por ejemplo: ¡las doce historias más terribles de vampiros! ¿Me lo prestas?

—Eh..., sí —dijo Antón.

—Gracias —sonrió ella haciendo desaparecer el libro bajo su capa. Al hacerlo, le lanzó a Rüdiger una mirada de triunfo.

«Para ser un vampiro, tiene bastante buen aspecto —pensó Antón—. Si no estuviera tan fantasmagóricamente pálida y no tuviera esos cercos tan oscuros bajo los ojos...» Pero ¿cómo se le podían ocurrir semejantes ideas? ¡Él y una niña-vampiro!

Rüdiger, entretanto, se había puesto cómodo encima del escritorio de Antón. Miraba con curiosidad a su alrededor.

—Dime —preguntó—, ¿dónde está mi segunda capa?

Antón había estado temiéndose todo el rato esa pregunta.

—Pues... —dijo mientras observaba con el rabillo del ojo cómo Anna ojeaba un libro tras otro—, no está aquí.

—¿No está aquí? —se sorprendió el vampiro.

—La he prestado —dijo Antón.

—¿La has prestado?!

De repente se pintaron el enfado y la desconfianza en el rostro del vampiro.

—¿Y cómo es eso?

—Bueno... —murmuró Antón—, mis padres... —Se detuvo, pues por primera vez pensó que sus padres estaban durmiendo en la habitación de al lado. Siguió hablando en susurros—: ¡Mis padres querían que te invitara!

—¿A mí? —exclamó sobresaltado el vampiro.

—¡Sí, nada menos! —dijo Antón—. ¡Porque he hablado tanto de tí! Por eso tuve que ir hoy al cementerio con la capa!

—¿Al cementerio? —exclamó el vampiro—. ¿Y por qué no nos hemos encontrado?

También Anna aguzó el oído.

—¡Ay —exclamó—, y yo no te he visto, Antón!

—¡Es que era por la tarde! —dijo Antón.

—¡Qué lástima! —suspiró Anna.

—Sí, y cuando estaba en el cementerio —prosiguió Antón— apareció de pronto mi amigo del colegio Udo... («¡Rüdiger no tenía por qué saber de ninguna manera que eran amigos!») ¡Y tuve entonces la idea salvadora!

—¿Qué tipo de idea salvadora? —preguntó el vampiro.

—¡Muy sencillo! —dijo Antón—. ¡Mi amigo Udo te sustituirá!

—¿Sustituirme? —se sorprendió el vampiro—. ¿Cómo?

—Pues... él no vendrá con su auténtico nombre —dijo Antón.

—¿No? —preguntó el vampiro—. ¿Con cuál entonces?

Anna se rió para adentro.

—¡Con el de Rüdiger von Schlotterstein, naturalmente, tonto!

—¿Y eso servirá? —preguntó confundido el vampiro.

—Claro —dijo Antón—, mis padres aún no te han visto. Y, por lo demás, se lo he

contado todo a Udo.

—¿Qué es... todo? —preguntó cortante el vampiro, acechando con la mirada a Antón.

—¡Naturalmente, nada sobre la cripta! —dijo rápidamente Antón—. ¡Y sobre tus parientes tampoco! De todos modos, no cree en vampiros.

—¡Es una suerte! —dijo el vampiro respirando aliviado.

—¡Pero Antón sí cree en vampiros! —canturreó Anna dando palmadas alegremente.

—¡Pssst! —siseó el vampiro.

Anna bajó avergonzada los ojos.

—No me regañes siempre —dijo—, ¡qué va a pensar Antón de mí!

—Antón piensa exactamente lo correcto —dijo el vampiro—: ¡que eres una tonta enamorada!

—¿Quééé soy yo? —chilló Anna.

Contraída de rabia se colocó delante de Rüdiger.

—¡Repite eso! —dijo agitando su pequeña mano, que se había cerrado en un puño.

—Está bien —concedió Rüdiger—, perdona.

Sobre el rostro de Anna se pintó una sonrisa satisfecha y mientras echaba a Antón una mirada efusiva volvió sobre la cama.

89

—¿Y cuándo voy a recuperar la capa? —preguntó el vampiro.

—¿La... la... capa? —tartamudeó Antón.

Temeroso, seguía mirando fijamente a la puerta, que podía abrirse en cualquier momento.

¡En otras ocasiones sus padres se despertaban con la más pequeña tos! Incluso la música de la radio muy bajita los despertaba, de modo que Antón se había preguntado para qué le habían comprado el radio-cassette. ¡Y Anna acababa de encontrarlo!

Giró el botón y, antes de que Antón pudiera intervenir, sonó, alta, música pop.

—¡No! —gruñó Antón; pero ya era demasiado tarde, porque en ese instante se abrió la puerta de la habitación de al lado.

—¡Rápido! —susurró apagando la radio—. ¡Escondeos!

Apenas se habían arrastrado Rüdiger y Anna bajo la cama de Antón cuando su madre estaba ya en la puerta. Su rostro parecía gris y arrugado y el pelo formaba desgreñados rizos alrededor de su cabeza.

—Antón —dijo cansada—, ¿cuántas veces te hemos dicho ya que...?

—Sí, sí —respondió rápidamente Antón—. ¡Lo siento!

La madre lo miró de nuevo con reproche y sacudió la cabeza; después se dio la vuelta para marcharse. Pero se quedó parada en la puerta.

—Antón —dijo ella olisqueando—, ¿qué es lo que huele así?



—Na... nada —murmuró Antón.

—Sí, sí —dijo la madre—, vuelve a oler tan..., ¡a moho!

—¿Cómo a moho? —dijo Antón colocándose delante de la cama.

—¡Algo huele así aquí —repitió la madre.

Lentamente, caminó por la habitación examinando cada rincón con miradas recelosas. Sólo olvidó mirar debajo de la cama, y se quedó parada e indecisa en medio de la habitación.

—Antón —dijo—, ¿cuándo te has lavado por última vez?

—¿La... lavado? —murmuró Antón—. A... ayer.

Debajo de la cama se rieron.

—¡No tienes por qué reírte! —dijo la madre a pesar de que Antón no había abierto la boca—. ¡Sabes que te tienes que lavar todos los días! —Y mientras, indignada, resoplaba por la nariz, añadió—: ¡Ya sabes lo que pasa cuando uno se lava sólo cada dos días!

De nuevo se oyó una débil risa contenida.

—¡Tú ríete! —exclamó enfadada—. ¡Mañana cuidaré de que te laves!

Dicho esto, fue hacia la puerta y la cerró tras sí dando un portazo. Antón oyó cómo cerraba también la puerta de la habitación de al lado y después se dejó caer agotado en la cama.

—¡Por un pelo! —murmuró.

—¿Qué pelo? —preguntó curiosa Anna saliendo de debajo de la cama.

—Es un dicho —aclaró con desprecio Rüdiger—, ¡pero Anna todavía es un bebé y no lo sabe!

—¡Bah! —dijo Anna sacando la lengua.

—Ahora nos tenemos que ir —anunció el vampiro.

—¿Ya? —exclamó decepcionada Anna.

—Sí —gruñó el vampiro saltando al alféizar—. Pronto será de día. ¡Vamos!

Anna miró suplicante a Antón.

—¿Me dejas volver a visitarte pronto? —preguntó.

—Eh..., sí —dijo sorprendido Antón.

—¡Bien! —gritó ella de alegría, y de un salto salió por la ventana abierta, ante la

cual aleteó arriba y abajo como una gran mariposa.

—¿Y mi capa? —preguntó de nuevo el vampiro. ¿Cuándo la tendré?

—El mi... miércoles —respondió Antón.

—Bien —dijo el vampiro, y añadió en voz baja—: Es que no es mía. ¡La he cogido del ataúd de Tío Theodor!

—¿El de la es..., es...?

«Estaca», iba a decir Antón, ¡pero pudo callarse a tiempo! ¡Ya había visto una vez cómo reaccionaba el vampiro cuando le mencionaban las estacas!

Pero de todas formas el vampiro no había oído las últimas palabras de Antón, pues ya estaba volando en la noche.

«¡Lo principal es que Udo no olvide la capa el miércoles!», fue el último pensamiento de Antón antes de dormirse.

La gran escena de Udo

—Tu Rüdiger no es precisamente muy puntual —dijo la madre el miércoles, cuando Udo, a las cuatro y media, no había llegado aún.

—Bah —dijo Antón—, no importa.

—¿Que no importa? —exclamó la madre—. ¡Mi café se va a quedar frío!

«Han puesto la mesa como para una visita oficial», pensó Antón. La vajilla buena, las cucharas de plata, candelabros..., y no había que olvidar la tarta de requesón que la madre había preparado después de comer y que tenía un aroma tan tentador; además, merengues, que a Antón tanto le gustaban, y, por último, las redondas galletas de chocolate con relleno dulce, que, al parecer, en otras ocasiones siempre eran demasiado caras.

—¿No quieres que llamemos por teléfono? —propuso la madre.

Y sin esperar la respuesta de Antón, cogió la guía telefónica. Pasó el dedo sobre las columnas leyendo:

—Schlotter, Schlotterbacke, Schlotterbein, Schlottermann, Schlotterzahn..., no viene Schlotterstein —dijo mirando a Antón.

—Si me hubieras preguntado, te lo hubiera dicho —aclaró Antón.

—¿Sabías que no tienen teléfono? —preguntó ella.

—No —dijo Antón—. Sólo me lo he... imaginado.

—¿Y por qué? —preguntó, frunciendo el ceño, su madre.

En ese momento sonó el timbre. Aliviado, Antón se levantó de un salto.

—¡Ése es él! —exclamó, corriendo hacia la puerta.

«¡Ojalá sea él de verdad!», pensó. Pues ¿qué iban a decir sus padres si Udo le dejaba en la estacada?

¡Era Udo! Antón casi no le había conocido: tan raro estaba con los pantalones oscuros y la camisa negra sobre la que, según lo acordado, llevaba la capa.

—Hola —se rió irónicamente—. ¿Qué aspecto tengo?

Antón miró temeroso hacia atrás.

—¡Pssst! —susurró—. ¡No debemos descubrirnos!

Dijo en voz alta:

—¡Hola, Rüdiger! Entra.

Ahora apareció también la madre en el pasillo.

—¡Qué agradable! —dijo ella—. Buenas tardes, Rüdiger. Me alegro de conocerte.

—Buenas —dijo Udo haciendo una profunda reverencia.

—La casa ya la conoces —dijo observando atentamente a Udo—, ¡pero no nos hemos encontrado nunca! Aquella vez te habías escondido en el armario, y cuando tuve preparado el té ya te habías vuelto a marchar.

Udo estaba de pie ante ella sonriendo amablemente.

—Por cierto —dijo la madre—, ¿qué te parece la capa?

—¿La capa? —dijo Udo—. ¡Bien!

—¿Y no has notado absolutamente nada?

—¿Notado? —preguntó Udo mirando desconcertado a Antón—. ¿Qué?

—Bueno, los agujeros —se rió la madre—. ¡Que los he zurcido!

—Ah, pues vaya —murmuró Udo—. Muchas gracias.

—Antón pensaba que no querías que los zurcieran.

—¿Sí? —dijo Udo—. ¿Y por qué no?

—¡Pues porque tenía que ser un auténtico disfraz de vampiro! —salió Antón en su ayuda.

—¡Ah, sí! —dijo Udo llevándose una mano a la cabeza como si sólo entonces se hubiera acordado—. ¡Mi disfraz de vampiro, naturalmente! ¿Sabe usted? —se dirigió a la madre—. ¡Sin zurcir parecía mucho más horrible!

La madre se rió.

—Dejemos eso, venid.

«¡De cualquier forma —pensó Antón—, el primer obstáculo estaba superado! Udo no representaba nada mal su papel. ¡Los tres marcos de deuda de la apuesta, que Antón le había perdonado, eran realmente un bajo precio!»

—Espero que te guste, Rüdiger —dijo la madre, sentándose a la mesa para tomar el café.

—Sí, gracias —gruñó Udo, que primero se había comido un trozo de tarta de requesón y ahora se estaba metiendo un merengue en la boca.

—Al principio no sabía qué ofrecerte —sonrió la madre—, pues Antón ha contado cosas tan extrañas sobre tus costumbres gastronómicas...

—Ah, ¿sí? ¿Qué? —preguntó Udo.

—Bueno —dijo la madre sirviéndose café—, ¡que tú no comes ni bebes nada a excepción de una cosa que nosotros no tenemos en casa!

—¿Cómo dice? —dijo Udo.

La madre sonrió satisfecha.

—¡Pero según veo tienes un apetito excelente!

Udo asintió y cogió otro merengue.

—Siempre he tenido buen apetito —masculló con la boca llena—. Mi madre siempre dice: «Udo, te vas a tragar hasta el último pelo de la cabeza».

—¿Cómo dices? —quiso saber la madre sorprendida—. ¿Udo?

—Bueno, sí —dijo Udo—, mi segundo nombre, ¿sabe usted? Rüdiger-Udo von Schlotter...

Se detuvo y miró a Antón buscando ayuda.

—¡Schlotterstein! —le sopló Antón moviendo los labios.

—Schlotterschrein —dijo Udo, que no le había entendido correctamente.

—¿Cómo? —dijo confusa la madre—. ¿Schlotterschrein?

—Quería decir Schlotterschwein —se corrigió Udo.

—¡Ah! —dijo la madre—. ¡Vosotros queréis volverme loca!

—No, no, de veras que no —aseguró Udo mientras cogía el tercer merengue.

—¡Eh! —exclamó Antón—. ¡Déjame alguno!

—Pero, Antón —le reprochó la madre—, ¿se habla así a un invitado?

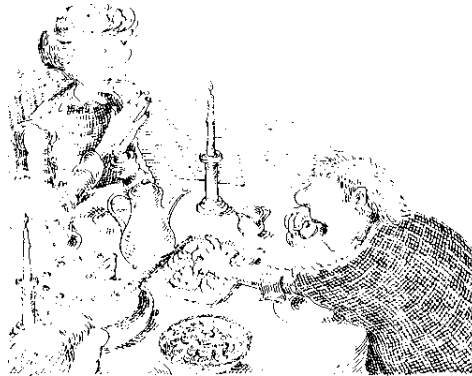
—¿Qué significa invitado? —exclamó indignado Antón—. Y además..., ¡ningún invitado se come tres merengues seguidos!

—Cierto —dijo Udo, cogiendo con la mayor tranquilidad el cuarto y último merengue—, ¡pero sí cuatro!

Antón se quedó mudo. ¡Le conseguía a Udo una invitación para comer pasteles y él engullía como si durante una semana no hubiera comido nada! Y además, ¡qué iba a pensar su madre de sus amigos!

—Rüdiger —dijo Antón, y de repente su voz sonó completamente ronca—, creo que ahora debes irte.

Pero Udo no pensaba en irse. Sonrió de forma desvergonzada y se llenó el plato de galletas de chocolate.



—¿Y eso por qué?

—Porque... —empezó Antón.

Entonces llamaron al timbre.

—Ése será papá —aclaró la madre levantándose.

—¿Papá? —preguntó sorprendido Antón.

—Iba a venir algo más pronto —dijo la madre.

Cuando estuvo en el pasillo, Antón se echó encima de Udo.

—Si crees que aquí puedes hacer lo que quieras... —bufó.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó Udo con fingida amabilidad.

—Entonces, entonces... —resolló Antón.

Pero antes de que se le hubieran ocurrido las palabras adecuadas ya estaba el padre en la habitación.

—¡Hola, Rüdiger! —dijo.

Udo se levantó a medias y gruñó:

—Buenas.

—Al fin nos conocemos también nosotros —dijo el padre sentándose.

«A mí ni me saluda —pensó Antón—. ¡Pero es que yo tampoco soy ninguna visita!»

—¡Y tú eres el que siempre celebra el carnaval! —dijo el padre a Udo.

—¿Quééé? —preguntó Udo.

—Antón nos ha contado que tú celebras el carnaval ininterrumpidamente, por así decirlo.

—¡Ay! —gritó Udo, pues Antón le acababa de pegar un fuerte pisotón por debajo de la mesa—. Carnaval —murmuró—, isí, naturalmente!

—¿Y —preguntó el padre— dónde lo celebras, ahora, en pleno verano?

—¿Dónde? —Udo puso cara de estupidez.

Como no se le ocurrió ninguna respuesta, cogió otro par de galletas.

—En algún sitio tienes que celebrarlo, ¿no? —se rió el padre.

—Déjalo —dijo Antón—, quizá no quiera descubrirlo.

—¡Exacto! —dijo Udo asintiendo.

El padre señaló la capa y dijo:

—Ya llevas puesto el disfraz. ¿Acaso vas hoy también de carnaval?

—Ho... hoy no —dijo Udo—, pero ma... mañana sí. Y, además, me tengo que ir ya.

—¿Ya? —preguntó la madre, que venía de la cocina con café recién hecho.

—Sí, por desgracia —dijo Udo—, todavía tengo cosas que preparar.

—Ah, ¿sí? —sonrió el padre—. ¿Lavar tus dientes de vampiro? ¿O no tienes una dentadura de goma?

—¿De... dentadura de goma? —preguntó Udo.

—¡Sin embargo, un disfraz de vampiro debe tener una dentadura de goma! —dijo el padre—. Si no tienes una dentadura apropiada no eres un vampiro.

Udo se había puesto completamente pálido. Incluso las galletas parecían no gustarle ya, pues se levantó y murmuró:

—Me tengo que ir. —Y se fue hacia la puerta.

—¡Adiós, Rüdiger! —exclamaron sorprendidos los padres.

—Adiós —dijo Udo.

Antón lo acompañó a la puerta... Cuando estuvieron en la escalera preguntó:

—¿Por qué te has ido tan repentinamente?

—¿Por qué? —dijo Udo, riéndose burlonamente—. ¡Porque no tengo ninguna gana de dejarme exprimir como un limón! Además, conozco a tu padre.

—¡Me voy a volver loco! —dijo Antón tomando aire—. ¿Y de qué?

—De la oficina —respondió Udo—; mi padre y el tuyo están en el mismo despacho.

—¿Y no te ha reconocido?

—Creo que no —dijo Udo, riéndose—. Así, con la pinta que tengo...

En voz alta añadió:

—Bueno, Antón, chao.

—¡Un momento! —gritó nervioso Antón cogiendo por el brazo a Udo—. ¡La capa!

—¡Ah, vaya, el trapo! —dijo Udo, sacándoselo con repugnancia por la cabeza—. ¡Aquí tienes! ¡De todas formas no me lo volveré a poner!

Antón la enrolló rápidamente y la metió debajo de su jersey.

—Chao, Rüdiger —dijo en voz tan alta que también sus padres tuvieron que oírlo; después volvió a la puerta de la casa y la cerró.

¡Era una bendición que Udo, ese tipo tan desvergonzado, se hubiera marchado! ¡Ahora sólo tenía que poner a seguro la capa!

Recorrió con precaución el pasillo. La puerta de la sala de estar sólo estaba entornada y oía hablar en voz baja a sus padres. ¡Seguro que estaban sentados a la mesa y hablaban del supuesto Rüdiger!

—Antón —preguntó la madre al pasar él—, ¿estás ahí?

—¡Enseguida! —gritó corriendo rápidamente a su habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó la madre.

—Nada —gritó de buen humor Antón mientras escondía la capa debajo de la cama—. Ya voy.

Como había esperado, sus padres estaban sentados a la mesa, con caras preocupadas.

—¿Y bien? —preguntó enérgicamente Antón—. ¿Qué os ha parecido?

—Bueno —dijo la madre—, muy hablador no era.

—Nunca lo es —aclaró Antón.

—Y tampoco tiene precisamente los mejores modales en la mesa —añadió ella.

—Efectivamente —dijo Antón suspirando al pensar en los cuatro merengues que se le habían escapado.

—No puedo imaginarme que ese Rüdiger sea tu amigo —opinó ella.

«¡Yo tampoco!», asintió mentalmente Antón. En voz alta preguntó:

—¿Y a ti, papá, qué te ha parecido?

—¿A mí? —dijo el padre—. No lo he visto apenas. Pero me resultaba en cierta forma conocido. Si supiera por qué.

«Sí, sí —pensó Antón, que no pudo disimular la risa—, ¡si tú supieras!»

—¿Es que tú lo sabes? —preguntó el padre.

—¿Yo? —exclamó Antón poniendo su expresión más inocente—. ¡No!

Una sensación de victoria lo embargaba y casi hubiera gritado de júbilo: ¡Todo había salido exactamente como él lo había planeado! Y era más que improbable que su padre volviera a pensar dónde había visto antes a Udo. ¿O no?

Hora crepuscular

—¿Tenéis algo en contra de que me vaya a mi habitación? —preguntó Antón.

—No —dijo la madre—. Pero ¿por qué?

—Es que aún tengo que hacer cosas para el colegio —murmuró.

Eso no era cierto, pero siempre resultaba una buena disculpa que los padres aceptaban de buen grado. En su habitación se tumbó en la cama.

«Ese estúpido Udo —pensó—, ¡¿qué se habrá creído?!» Naturalmente, Antón estaba contento de que, en general, hubiera colaborado; y, con todo, lo había hecho tan bien que los padres no habían advertido nada. ¡Pero la forma en que se había comportado en la mesa...! Bueno, ahora sus padres sabían al menos quién era Rüdiger y en el futuro ya no le pondrían nervioso con que cuándo podrían conocer a su amigo... ¡Ahora ya lo conocían!

Antón debió de dormirse, pues cuando abrió los ojos ya estaba oscureciendo. La casa estaba completamente en silencio. ¿Habrían salido sus padres? Antón fue a la puerta y escuchó atentamente. Tampoco oyó nada. Cuando los padres estaban en casa estaba encendida la televisión o puesta la radio; o se les oía hablar entre ellos. «Probablemente han ido de paseo», pensó Antón.

Tenía sed. Quizás aún quedaba algo del cacao que su madre había preparado para Udo. En la nevera encontró un trozo de tarta de requesón, pero para beber sólo había zumo de naranja. Puso el trozo de tarta en un plato, se sirvió un vaso de zumo y regresó a su habitación. En el pasillo advirtió un peculiar olor a moho que no había notado antes. ¿Vendría de la capa? Pero ésa olía mucho más a moho. ¡Rüdiger no podía ser porque siempre olía a algo chamuscado! Entonces... ¿otro vampiro?

Antón había dejado abierta la ventana...

Abrió temeroso la puerta y preguntó:

—¿Hay alguien ahí?

En lugar de una respuesta oyó una suave risita solapada.

—¿Rüdiger? —exclamó él en la oscuridad.

—No —contestó, risueña, una voz femenina.

—¿Anna? —exclamó Antón.

—¡Exacto! —llegó la respuesta, y se encendió la lámpara de noche de Antón. A su luz vio a Anna sentada en su cama, sonriendo de buen humor. Había cambiado: su pelo, que el domingo le caía desgreñado en mechones sobre los hombros, estaba ahora cuidadosamente peinado y brillaba. Sus ojos relucían y sus mejillas se habían teñido de rosa por la excitación, de forma que no estaba ya tan mortalmente pálida.

¿Qué podía querer de él? No sería...

Anna tuvo que haber adivinado sus pensamientos porque empezó a reírse con toda su alma.

—¿Has olvidado que me llamo Anna la Desdentada? —exclamó.

Antón se sintió bastante estúpido. Por decir algo le tendió el vaso y preguntó:

—¿Quieres zumo de naranja?

Ella sacudió la cabeza.

—Pero si tienes leche...

—Un momento —dijo Antón, y poco después volvió con un vaso de leche.

—Gracias —sonrió ella, y mientras bebía a pequeños sorbos miró a Antón de un modo que le desconcertaba.

—¿Quieres... llevarte otro libro prestado? —preguntó Antón tosiendo.

—¿Un libro? —dijo—. No.

—¿Y por qué...? —se detuvo—. ¿Por qué has venido?

—¡Sólo quería visitarte! —dijo ella con una sonrisa radiante—. Tú no tienes nada en contra, ¿no?

—¿Yo? No —murmuró.

—¿Y qué te parezco hoy? —preguntó.

—¿Eh...?, ¿tú...? —tartamudeó—. ¡Bi... bien!

—¿De veras? —dijo satisfecha, tirándose el pelo—. Fue tremendamente difícil —explicó—. ¡No me lo había vuelto a peinar desde hacía aproximadamente setenta y cinco años!

Con un gesto de descontento sacudió violentamente su capa.

—¡Qué cosa tan odiosa! —incredó—. ¿Sabes?, antes me daba completamente igual mi aspecto. Pero ahora... Seguro que te gustaría aún más con ropa normal, ¿no te parece?

—Bueno —dijo Antón—, tú necesitas ésa para volar.

—¡Pero es injusto! —se enojó—. ¡Las niñas-persona pueden ponerse lo que quieran; sólo las niñas-vampiro tienen que llevar siempre estos andrajos!

Apretó los dientes y parecía reflexionar.

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber después.

—Claro —dijo sorprendido Antón.

—¿Qué te parecen los vampiros?

—¿Los vampiros?

Con esa pregunta no había contado él.

—Bien, naturalmente —contestó él.

—¿Y... las niñas-vampiro? —quiso saber ella.

—¿Las niñas-vampiro? —dijo él—. Es que sólo te conozco a ti.

—¿Y qué te parezco yo? —preguntó Anna, riéndose.

—Guapa —dijo Antón, sintiendo cómo se ponía colorado.

En el rostro de ella se pintaba la decepción.

—¿Sólo guapa? —exclamó—. ¡Yo a ti te encuentro mucho, pero que mucho más que guapo!

Al decir esto contrajo la boca como si fuera a llorar.

¿Y ahora qué? A Antón toda la conversación le resultaba incómoda; ¡hubiera preferido hablar de otras cosas menos embarazosas!

—¿Dónde... dónde está Rüdiger? —preguntó, para cambiar de tema.

—Rüdiger —sollozó ella—, tú solamente piensas en Rüdiger, ¿no?

—No —contestó Antón—, pero él quería recoger hoy la capa.

—¡Quería! —dijo ella sorbiéndose.

—¿Y bien? —dijo él—. ¿No va a venir?

—No —murmuró—. No puede.

—¿No puede?

—¡No, está enfermo!

—¿Enfermo?

Antón se asustó.

—¿Ha sido... el guardián del cementerio? —preguntó con voz temblorosa.

Ella sacudió la cabeza.

—Intoxicación de sangre —aclaró.

—¿Intoxicación de sangre? —murmuró Antón. ¿No era una enfermedad muy peligrosa?

—¿Y dónde está ahora?— preguntó.

—Con fiebre, en el ataúd.

Antón estaba tan desconcertado que no sabía en absoluto lo que debía decir. ¡Seguro que el pobre Rüdiger estaba completamente solo en el ataúd y nadie se preocupaba de él!

En cambio, cuando él estaba malo venía el pediatra a verle y sus padres le dejaban junto a la cama la más sabrosa fruta.

—¿Puedo ir a... visitarle? —preguntó titubeando.

—¿Visitarle? —rió Arma—. ¿Y si te ven mis padres? ¿O mis abuelos? ¿O mi tía? ¿O mi hermano Lumpi?

—Entonces mejor que no —dijo rápidamente Antón, a quien se le habían puesto los pelos de punta al oír mencionar a los diferentes vampiros.

—¿Está muy enfermo?

—¿Quieres decir si va a morir? —preguntó Anna.

Antón asintió. No faltaba mucho para que empezara a llorar.

Pero Anna sólo se rió irónicamente.

—¡No te preocupes —dijo—, él ya está muerto!

En eso no había pensado Antón. A pesar de ello encontró la explicación de Anna poco tranquilizadora.

—Pero no se encuentra bien —dijo—. Debemos cuidarle.

—¿Y qué es... cuidar? —preguntó ella.

¡Al parecer no había oído nunca la palabra!

—Cuidar —dijo Antón— es cuando te ocupas de alguien, cuando juegas con él, le lees libros, le cuentas historias, lo consuelas...

Por lo menos siempre había sido así cuando él estaba enfermo. Cómo sería entre los vampiros no se lo podía imaginar.

—A nosotros no nos cuida nadie —dijo Anna—. Mis parientes o están en el ataúd y duermen, o están fuera y... —Hizo una pausa—. ¡Bueno, ya sabes! ¡En cualquier caso, nadie tiene tiempo para nosotros, y a mí nadie me ha leído nada, ni han jugado conmigo, ni tampoco me han contado historias!

Se sorbió la nariz y puso una cara afligida.

«¡Pobrecilla!», pensó Antón. ¡Si eso era verdad, ser niño-vampiro era realmente un castigo!

Siempre había pensado que sus padres tenían poco tiempo para él, ¡pero en comparación con los vampiros a él lo trataban en casa como a un príncipe!

—Pero nosotros sí podríamos cuidar a Rüdiger —propuso él—, tan pronto como se vayan tus parientes.

—¿Y si uno de ellos regresa antes de tiempo? —preguntó Anna.

Antón hizo un ademán denegando.

—Eso es improbable —dijo—. Además, yo ya estuve una vez en la cripta.

—¿Qué...? —exclamó sobresaltada Anna—. ¿Tú estuviste ya...?

—Pues claro —dijo Antón—, con Rüdiger.

—¿Y no os atrapó nadie?

—No; bueno, casi. Tía Dorothee... —dijo él—. Pero no se dio cuenta de nada porque yo me metí rápidamente en el ataúd de Rüdiger.

Anna hizo un ruidito silbante.

—Tía Dorothee... —dijo—, ¿sabes que es la peor de todos?

—¿De... de veras? —tartamudeó Antón.

—¡Sí! —dijo Anna—. ¡A mí una vez me quiso..., incluso a pesar de que yo misma soy un vampiro!

—¡liiii! —se le escapó a Antón, y al acordarse de la chillona voz de Tía Dorothee en la cripta, se tocó involuntariamente el cuello.

—Pero ella es la que está más tiempo fuera casi siempre —lo tranquilizó Anna—. Es la más voraz... Venga —dijo entonces—, ¿nos vamos a la cripta?

—¿A la cri... cri... cripta? —preguntó Antón, a quien, de pronto, le había abandonado todo su valor—. ¿Cre... crees que deberíamos?

—¡Seguro que sí! —dijo Anna—. Tú mismo has dicho que deberíamos cuidar a Rüdiger.

—Bueno —gruñó Antón—, si tú lo crees...

—Ven —apremió ella—. Tienes la otra capa, ¿no?

Nerviosa, se había subido ya en la repisa de la ventana.

—¡Vaya cara que va a poner Rüdiger! —se rió.

—¡Ojalá esto salga bien! —dijo Antón en voz baja mientras se cubría con la capa y se reunía con ella en la repisa.

Después echaron a volar.

Historias de vampiros

—¿Sabes qué historia me ha gustado más de las de tu libro? —preguntó Anna cuando volaban en la noche juntos—. ¡La del vampiro de nieve!

—¿Qué vampiro de nieve? —preguntó Antón, que aún no había leído todas las historias.

—¿No la has leído? —dijo ella, y con una mirada soñadora empezó a relatarla—: Ocurre en las montañas, en una vieja casa completamente solitaria. Allí, después de la puesta de sol, tienen que cerrarse las cortinas en todas las habitaciones que miran al oeste, ¡y ay de ellos si las abren!

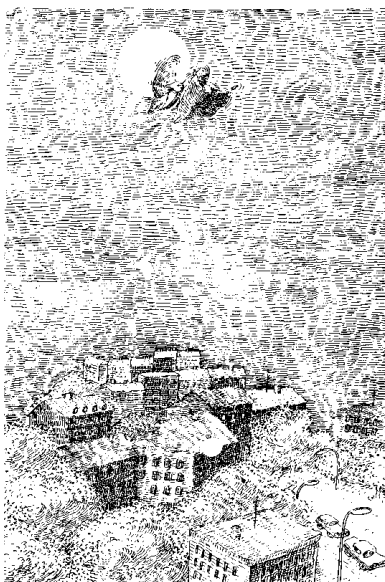
—¿Por qué? —preguntó Antón.

—Espera —dijo ella en un susurro—. Un día hay visitantes en la casa y comienza una tormenta de nieve. Una mujer va a la ventana y corre a un lado la cortina. Afuera ve una figura blanca que pasa lentamente al lado de la casa.

—¡El vampiro! —dijo Antón.

Anna asintió.

—¡Pero los visitantes no creen que es un vampiro! Piensan que es una mujer que se ha extraviado en medio de la tormenta de nieve. Uno sale para hacerla entrar...



—¿Y bien? —preguntó Antón con ojos brillantes.

—A la mañana siguiente lo encuentran. Está apoyado en un árbol. A su alrededor hay pequeños hoyos como si el viento hubiera levantado de un soplo la nieve.

—¡Pero en realidad había sido el vampiro de nieve! —exclamó Antón.

—¡Exacto! —dijo ella.

—A mí me ha gustado mucho la de la mariposa nocturna —dijo Antón—. Comienza en una noche lluviosa y tormentosa. El hombre del que se cuenta la historia está solo. De repente llaman. Va a la puerta. Afuera hay una mujer joven y muy hermosa. Tiene el pelo negro, orejas puntiagudas y labios muy rojos. Su voz es singularmente profunda y ronca...

Anna se rió.

—Él la invita a entrar porque piensa que debe de estar completamente empapada...

—Naturalmente, ella no está mojada en absoluto, ¿no? —preguntó Anna.

—No. Está completamente seca. El hombre, sin embargo, tiene un perro...

—¡Brrr! —dijo Anna estremeciéndose.

—... y ese perro —prosiguió Antón— lanza al verla un aullido de miedo tan terrorífico que el hombre tiene que llevarlo al jardín.

—¿Y entonces? —preguntó Anna.

—Cuando regresa el hombre, la mujer le pregunta por el camino de la ciudad. El quiere guiarla y sale delante de la puerta con el farol en la mano...

—... pero la mujer ha desaparecido —completó Anna.

En voz baja Antón siguió hablando.

—El hombre, sin embargo, tiene un amigo. Le cuenta lo de su visitante nocturna. El amigo le previene y le aclara que la mujer es un vampiro. Pero el hombre no se lo cree. Sólo le pide que se quede con el perro durante un par de días porque éste parece, de repente, tener miedo en su propia casa.

—¡Una suerte! —suspira Anna—. A los vampiros no les gustan los perros precisamente.

—Por la noche aparece la mujer por segunda vez. Se acerca a él y le pone sus manos gélidas sobre los hombros. A él le invade una extraña indolencia..., cuando, de repente, isiente entre sus dedos la Biblia!

—¿Qué?! —gritó Anna—. ¿Y me lo cuentas?!

Las aletas de su nariz temblaban y miraba a Antón con intensa indignación.

—Ahora dirás encima que el hombre...

—... lo atravesó, isí señor! —se rió Antón, que estaba tan inmerso en su historia que no se daba cuenta en absoluto del efecto que causaba en Anna—. ¿Y quieres saber con qué?

—¡No! —chilló ella—. ¡No!

—¡Con una cerilla! —anunció Antón—. ¡Ella se había convertido de pronto en una mariposa nocturna y bastaba una simple cerilla afilada!

Sólo ahora miró a Anna. Tenía un aspecto lívido como el de un cadáver.

—¡Tú..., tú, tío bruto! —gritó, y le corrían las lágrimas por la cara—. ¡Lo has contado sólo para darme miedo!

—¡Nnn... no, claro que no! —dijo él, asustado—. No he pensado en absoluto que el asunto de la cerilla te...

Pero ella sacudió la cabeza en silencio y apresuró el vuelo, de forma que Antón ya no la podía seguir.

—¡Espera! —gritó—. No he pensado eso. No quería asustarte, de veras que no. ¡Perdona, por favor!

Pero ella siguió volando y rápidamente desapareció de la vista de Antón.

¿Y ahora? ¿Debía seguir volando solo hacía la cripta? Pero quizá ella le esperaba

allí, y quién podía saber de qué espantosas acciones era capaz un vampiro indignado. ¿Y si volaba de regreso a casa? Pero ¿no era eso una traición a Rüdiger, que estaba en el ataúd con una intoxicación de sangre?

Mientras Antón aún reflexionaba, vio acercarse una pequeña sombra. Al principio se asustó, pero luego reconoció la cara de Anna.

—Lo he estado pensando —dijo ella en voz baja—. Ya no estoy enfadada contigo, ¿y tú?

—Yo tampoco —dijo tímidamente Antón.

—¡Ven, volemós entonces! —se rió y le cogió del brazo—. ¡Enseguida llegamos!

Primeros auxilios

Antón veía ya a lo lejos el muro del cementerio. El cielo estaba completamente despejado y la luna brillaba clara, de modo que el cementerio le pareció mucho menos lúgubre e inquietante. ¿O se debía a que lo visitaba ya por tercera vez? Anna siguió revoloteando por encima del muro y se dejó caer planeando en la hierba. Antón la siguió.

—Allí delante está la entrada —susurró—, pero antes debemos esperar a ver si todo está en calma.

Antón asintió.

—Lo sé —dijo—, el guardián del cementerio...

—¡Pssst! —siseó ella.

Antón vio las lápidas en ruinas que la alta hierba ya casi había cubierto, las viejas cruces mohosas entre la maleza y los oscuros abetos bajo cuya sombra estaba la entrada a la cripta.

Anna escuchaba intensamente. Al cabo de un rato se puso en pie.

—Todo en orden —dijo—. Podemos ir.

—¿No quieres..., ir tú delante? —preguntó Antón.

De repente tenía una sensación rara en el estómago, como si no hubiera comido nada durante días y días.

Anna lo miró sorprendida.

—¿Por qué? —preguntó—. Aparte de Rüdiger, seguro que no hay nadie abajo.

—Pero podrías, como medida de precaución, mirar tú primero —propuso Antón. A lo mejor tía Dorothee había vuelto a caer en uno de sus desmayos. O, tal vez, se había quedado un vampiro en la cripta para atender a Rüdiger. Por ejemplo, la madre..., ¡Hildegard la Sedienta! Antón se estremeció.

—Está bien —dijo Anna—, miraré. Pero tú, entretanto, quédate escondido.

Desapareció en el pozo y Antón se acurrucó a la sombra de un abeto.

En ese momento oyó suaves pasos. Estaban aún bastante alejados, pero en el silencio absoluto que reinaba por doquier podía percibirlos claramente. Un pánico helado lo recorrió.

¿Sería Udo otra vez? Pero ¿cómo le hubiera podido seguir, si él había venido con Anna por el aire? No, sólo había una explicación: ¡el guardián del cementerio!

Antón pudo entonces reconocer a un hombre. Era bastante bajo y se movía, espiando en todas direcciones, con mucha cautela.

Cuando se aproximó, vio Antón su cara gris y rugosa, que, con la nariz puntiaguda y los ojos claros e intranquilos, le recordaba la cabeza de una rata. Y Antón vio más aún: ¡de los bolsillos de la oscura bata de trabajo que llevaba el *hombre* asomaban varillas de madera y un gran martillo!

Antón apenas se atrevía a respirar. A decir verdad, lo ocultaban las espesas ramas del abeto, de modo que, en cierta medida, podía sentirse seguro, pero Anna... Aparecería en cualquier momento para recogerlo... ¡y el guardián del cementerio ya sólo estaba a unos pocos metros de distancia! ¡En ese momento examinaba los abetos con miradas especialmente concienzudas!



Antón vio cómo se movía la piedra de la cripta; entonces tuvo una idea: cogió del suelo un gran guijarro y lo tiró tan lejos como pudo.

La piedra hizo un fuerte ruido al caer y, como tocado por el rayo, el guardián del cementerio volvió la cabeza y se abalanzó allí donde se había oído el ruido. Al hacerlo aulló:

—¡Al fin os tengo!

Antón vio cómo empezaba a cavar entre la maleza agitando las estacas y el martillo como si fueran un arma. Entonces se acercó a donde estaba Anna; tomando aliento se deslizó en el pozo y cerró el agujero de entrada sobre su cabeza.

—¡Buff! —gimió, apoyándose contra la fresca pared—. ¡A punto estuvo!

—¿Qué? —preguntó Anna.

—El guardián del cementerio —dijo Antón aún sin respiración—, icasi te ve empujando la piedra!

—¿El guardián del cementerio? —exclamó ella—. ¿Lo has visto?

—Yo a él sí —dijo—, pero él a mí no.

—¿Y dónde está ahora?

Antón se rió irónicamente.

—Busca piedras.

—¿Qué haceeee?

—He tirado una piedra —aclaró Antón— y él está buscando ahora allí donde ha caído.

Anna respiró aliviada.

—¿A que tiene pinta de rata? —se rió ella.

—O de ratón —dijo Antón—. Sea como sea, es repugnante.

—¿Sí, verdad? —exclamó Anna—. En comparación, los vampiros somos bastante guapos... ¿Sabes cómo se llama? ¡Geiermeier!

—¿Cómo? —preguntó Antón.

Anna se rió saltando alternativamente sobre cada uno de sus pies.

—Geiermeier, aun con bata te pareces a una rata —cantó ella.

Desde la cripta subió hasta ellos una ronca tos.

—¡Rüdiger! —exclamó sobresaltado Antón—. ¿Qué tal está?

—¿Él? —dijo Anna—. Bien. Ya se ha vuelto a levantar. Pero ahora es Lumpi el que está acostado.

—¿Lumpi? —exclamó Antón ¿Quién era Lumpi? Ah, sí, ¡el hermano mayor!—. ¿Y sabe que yo...?

—Claro —Anna sacudió la cabeza—. No te preocupes por él. Los niños-vampiro se llevan bien.

—Y..., ¿no me hará nada?

—No —se rió Anna—, ¡entre amigos no!

Bajaron los escalones. Había una vela encendida y a su luz vieron a Rüdiger sentado en su ataúd leyendo, mientras en el ataúd que estaba a su lado daba vueltas un vampiro grande y fuerte. Rüdiger levantó la vista de su libro y se puso un dedo en los labios.

—Está durmiendo —susurró, haciéndoles señas de que se sentaran con él en el borde del ataúd.

—¿Qué tiene? —preguntó Antón.

—Gripe —aclaró Rüdiger—. No es tan raro, cuando se sale únicamente de noche.

Antón observó furtivamente al dormitorio de Lumpi. Un cierto parecido con Rüdiger era innegable, pero la cara de Lumpi se veía aún más pálida y sus ojos yacían en cuevas aún más oscuras.

—Parece realmente enfermo —susurró.

—¿Verdad que sí? —asintió Rüdiger—. ¡Completamente exangüe, el pobre!

Lumpi lanzó entonces un profundo gruñido que hizo retroceder asustado a Antón... ¡Ojalá fuera cierto lo que Anna le había contado sobre el supuesto carácter inofensivo de su hermano mayor!

—Ci... ciertamente quería visitarte, Rüdiger —dijo— pero ahora, ya que estás sano...

—¿No irás a marcharte tan pronto?! —exclamó Anna.

—Yo... debo irme a casa a pesar de todo —murmuró Antón—. No tengo llave...

Lo principal era salir de allí antes de que Lumpi se despertara...

Pero ya era demasiado tarde, pues Lumpi abrió en ese momento los ojos. Refunfuñando se levantó y miró fijamente a Antón.

—¿Quién es éste? —dijo con voz profunda.

—Pero Lumpi —dijo Anna tranquilizándolo—. ¡Si éste es Antón, del que ya te hemos hablado!

—¡Ah, vaya! —dijo decepcionado Lumpi—. Antón... ¡Pero a pesar de todo tengo hambre! —rugió él.

—Mañana podrás volar de nuevo con los demás —lo consoló Anna.

—¡Uaaah! —dijo Lumpi bostezando.

Para ello abrió bruscamente la boca con tanta vehemencia que Antón vio las relucientes y blancas filas de dientes de las que sobresalían los colmillos al menos dos centímetros. Antón tuvo escalofríos.

¡Si pudiera salir de la cripta...! Naturalmente, no debía tenerle miedo a Lumpi, pues alguien que tiene miedo es siempre una presa fácil...

Lumpi sonreía ahora.

—No te acerques tanto a mí —le dijo a Antón—, si no te voy a contagiar.

—Eh..., sí —dijo Antón, a quien, de todos modos, le horrorizaba acercarse a Lumpi—. Quizá lo mejor sea que me va... vaya en... enseguida a casa.

—¿Por qué? —dijo Lumpi riéndose irónicamente—. ¿No te encuentras a gusto entre nosotros?

—Sss... sí —tartamudeó Antón—. Lo... lo decía sólo por el peligro de contagio...

—Ahora vamos a jugar una partida de «Vam-piro-no-te-enfades» —declaró Lumpi sacando del ataúd una caja de cartón alargada.

—¡Qué bien! —exclamó excitada Anna—. Ven, Rüdiger, ayúdame a montar la mesa de juego.

Se dirigieron a un pequeño ataúd que había junto a la pared, le quitaron la tapa y lo llevaron a la galería delante del ataúd de Lumpi. Allí le dieron la vuelta, de modo que la parte plana quedaba como superficie de juego.

Lumpi colocó el tablero encima y dispuso las piezas. Los vampiros se sentaron en torno, sobre los ataúdes, y Antón los imitó vacilando.

—Yo cojo las fichas negras —declaró Lumpi.

—Y yo las rojas —dijo Anna.

—¿Y tú qué color quieres? —le preguntó Rüdiger a Antón.

—¿Yo? Eh..., amarillo.

—¿Quién empieza?

—Antón —dijo Lumpi—. Las visitas siempre empiezan.

Le alcanzó a Antón el dado y Antón tiró: salió cuatro.

—Mala suerte —dijo malicioso Lumpi, riéndose entre dientes—, sólo puedes salir con un seis.

Entonces tiró Rüdiger y Antón tuvo tiempo de mirar el juego: era exactamente igual que el «Hombre-no-te-enfades» de casa, sólo que en éste ponía con letras negras «Vampiro-no-te-enfades».

—¿De dónde..., quiero decir, cómo habéis conseguido el juego? —preguntó susurrando a Anna, que estaba acurrucada junto a él.

—Tío Theodor —dijo— lo encontró.

—¿Que lo encontró? —preguntó incrédulo. ¿Dónde podía uno encontrar un juego así?

—Bueno —se rió ella—, quizá lo cogiera simplemente.

En ese momento tiraba Lumpi. Sacó un dos.

—¡Qué guarrada! —rugió, lanzando el dado lejos, con rabia.

Rüdiger corrió tras él y lo trajo. Ahora le tocaba a Anna. Tiró el dado con gran energía. Se quedó muy cerca del borde del tablero: seis.

—¡No vale! —gritó Lumpi—. ¡Está rozando el borde!

—¡De ninguna manera! —chilló Anna—. ¡Está justo encima del tablero!

Antes de que ella pudiera coger el dado, Lumpi había golpeado con el puño encima del tablero, de modo que el dado voló en un elevado arco por los aires.

Anna se puso como un tomate, totalmente roja de ira.

—¡Nunca sabrás perder, nunca! —gritó.

Lumpi puso cara ofendida y no dijo una palabra. Lleno de dignidad volvió a echarse en el ataúd y cerró los ojos. Rüdiger se encogió de hombros y después empezó a buscar las piezas dispersas entre todos los ataúdes y a ponerlas en la caja de cartón. Mientras tanto, desde el ataúd de Lumpi llegó un ronquido satisfecho.

—¿Está durmiendo? —preguntó Antón susurrando.

Anna sacudió la cabeza.

—Sólo finge dormir. ¡Pero ay del que le moleste!

—Sí que es irascible —dijo Antón en voz baja.

—¡Pssst! —dijo Anna—. No lo provoques. Está en la pubertad.

—¿En la... qué? —quiso saber Antón.

—En los años de desarrollo —aclaró Anna.

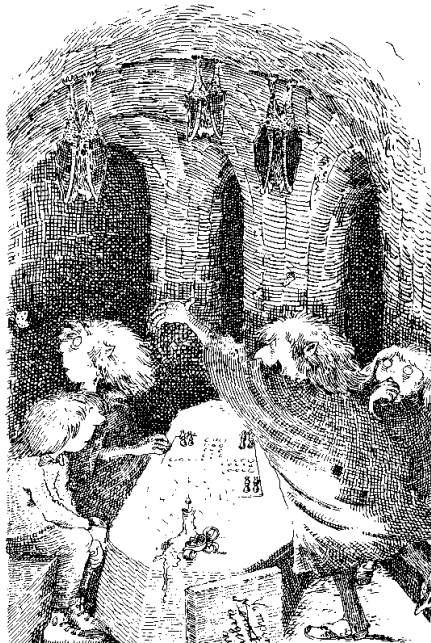
—Ah, vaya —dijo Antón pensando en la voz de Lumpi, a veces aguda y a veces grave.

—Entonces está cambiando la voz.

—Exacto —dijo Anna—, y por eso es tan sensible y se ofende con tanta facilidad. Pero ¿sabes qué es lo peor?

—No, ¿qué? —preguntó Antón.

—Que nunca cambiará. ¡Murió precisamente en la pubertad!



—En ese momento empezó a crujir la piedra del agujero de entrada. Lumpi hizo como si durmiera, pero Rüdiger se había quedado parado y miraba fijamente la

entrada de la cripta con los ojos dilatados de miedo.

Anna echó a Antón a un lado susurrando:

—¡Tienes que esconderte!

—Pero ¿dónde? —exclamó Antón.

—¡Pues..., en algún ataúd!

—En... entonces en el de Rüdiger —tartamudeó Antón.

Ése, al menos, lo conocía y ya había superado una vez con vida el repugnante olor de su interior. ¡Quién sabía qué sorpresas ocultaban los otros ataúdes!

Anna lo ayudó a meterse dentro y cerró la tapa sobre él. Rápidos pasos venían ya escaleras abajo y una voz demasiado bien conocida para Antón gritó:

—¡Ay, esto sólo podía pasarme a mí!

—¿Qué ocurre, tía Dorothee?

—Mi dentadura —se quejó ella—. Debo haberla olvidado en el ataúd.

Antón oyó cómo corría por la cripta.

—¡Aquí está! —exclamó aliviada—. ¡Imaginaos que hubiera desaparecido!

Al parecer, ya se había puesto la dentadura, pues sus últimas palabras habían sido mucho más claras y comprensibles.

—Bueno, me voy otra vez —dijo, pero de repente se detuvo—. Dime, Rüdiger —exclamó—, ¿cómo es que no estás en el ataúd?

—Ya estoy mucho mejor —contestó Rüdiger.

—¡No! eso no lo puedo permitir —declaró tía Dorothee—. ¡Si se enterase tu madre! Rüdiger, ahora mismo te vas al ataúd.

¡A Antón casi se le paró el corazón!

Se acercaron pasos, levantaron la tapa y una figura se metió junto a Antón en el ataúd.

—¿Lo ves? —susurró Rüdiger—. Es suficiente para dos.

En voz alta exclamó:

—¡Buenas noches a todos! —Y cerró sobre ellos la tapa del ataúd.

Oyeron cómo tía Dorothee subía la escalera y después de algunos minutos, Anna anunció:

—¡Se ha marchado! ¡Podéis salir!

Pero sólo un débil quejido salió del ataúd, y al abrir Anna, llena de ideas recelosas, la tapa, vio cómo Rüdiger se inclinaba sobre Antón, que tenía los ojos cerrados.

Asustada, gritó:

—¡Rüdiger! ¿No habrás atacado a Antón?!

Su chillido despertó a Antón.

Apenas vio al vampiro inclinado sobre él, soltó también un salvaje aullido.

Lentamente, Rüdiger levantó la cabeza.

—¿Os habéis vuelto locos? —dijo tranquilamente—. Si sólo le he hecho la

respiración artificial...

—¿La respiración artificial? —preguntó desconfiado Antón, tocándose el cuello..., pero no se notó la más mínima mordedura y tampoco parecía sangrar.

—Te habías desmayado —aclaró Rüdiger— y entonces pensé...

—¡Ah, tú —lo increpó Anna—, tú y tu curso de primeros auxilios!

—Bueno, me... me voy —dijo abatido Antón.

Sus piernas se doblaban como si fueran de goma. Lentamente se levantó y salió del ataúd.

—¡Pobre Antón! —dijo Anna, acariciándole la cara para consolarlo—. Te llevo a casa.

—Gracias —murmuró Antón.

Juntos subieron los peldaños. Ya casi estaban arriba, cuando Rüdiger apareció junto a ellos, con cara compungida.

—Perdona, Antón —dijo avergonzado—, yo... yo sólo quería ayudarte. ¿No creerás que...?

—No —dijo Antón tendiéndole la mano—. Ya está olvidado.

—¡Me alegro! —suspiró Rüdiger—. Pensé que no querías volver a saber nada de mí.

—Ven, Antón —exclamó Anna desde la entrada—. No hay nadie.

—Entonces —dijo Antón deslizándose en el estrecho pozo—, hasta el sábado.

No pudo oír la respuesta de Rüdiger, pues Anna tiraba de él hacia arriba.

Demasiado

El fresco aire de la noche hizo volver en sí del todo a Antón en un instante. Respiró grandes bocanadas y estiró los miembros, que se le habían quedado agarrotados.

Anna lo miró sonriendo.

—¿Pasaste un mal rato? —preguntó.

—¿Quieres decir en el ataúd? —dijo Antón—. No.

Se sentía bien otra vez, ¡y ni un Lumpin, ni una tía Dorothee, podían ya ser peligrosos para él!

—Sólo resultaba algo estrecho —dijo— y un poco... sofocante.

—¿Sofocante? —se rió para dentro Anna—. Bueno, no podemos airearlo nunca. Y además las viejas capas...

De repente pareció recordar algo y miró intranquila a su alrededor. Susurró:

—Deberíamos irnos: ¡¿quién sabe por dónde merodea Geiermeier...?! —

—¿Lo has visto?

—No. Pero a pesar de ello es mejor que nos vayamos.

Se elevó en el aire y, tras algunos aleteos inseguros, Antón la siguió.

—Lo que siempre te había querido preguntar —dijo ella— es si realmente hay también historias de amor con vampiros.

—¿Historias de amor? —Antón reflexionó—. La de la mariposa nocturna era una...

—¡liiii! —bufó Anna—. ¿A eso lo llamas tú historia de amor? ¡Si al final muere el vampiro!

Durante un rato volaron uno junto al otro sin decir palabra.

—Una vez leí una historia que terminaba felizmente —dijo de pronto ella, con entusiasmo.

—Ah, ¿sí? —dijo Antón—. ¿Cómo terminaba?

—¡Al final los dos fueron vampiros y vivieron juntos para siempre!

—¡¿Qué?! —exclamó Antón—. ¿A eso lo llamas tú feliz?

—¿Tú no?

Ella lo miró con ojos grandes y resplandecientes.

—¿No quieres que tú y yo...?

¡Ahora Antón debía tener cuidado para no decir nada que la ofendiera!

—¿Sabes? —empezó.

—¿Sí?

—¡Es que yo no puedo volverme vampiro!

—¡¿Cómo que no?! —exclamó ella—. Si yo te...

Hizo una pausa porque no estaba completamente segura de si convendría iniciar a Antón en todas las particularidades de la vida de un vampiro. Quizá lo iba a

espantar.

—Pues bien, si yo, tan pronto como tenga mis dientes, te... —añadió ceremoniosamente.

—¡Pero es que yo no quiero ser un vampiro! —exclamó Antón.

—¿No? —exclamó incrédula Anna.

—¡No! —dijo él, indignado por la desfachatez con que pretendía hacer de él un vampiro—. ¡No tengo ninguna gana de serlo!

¡Era realmente demasiado para él!

Irritado, siguió volando sin mirar a Anna. Sólo cuando oyó detrás de sí un sollozo dio la vuelta.

—Tú... tú no me quieres —balbuceó ella—. ¡Tú tienes otra novia!

—No —dijo Antón—. ¡Claro que no!

—¿De veras que no?

—¡No!

Ella suspiró aliviada, pasándose la mano por los ojos.

—No me importa que no seas un vampiro —dijo—. ¡Lo principal es que nos queremos!

Al decir esto, volvió a reírse.

—Es... estamos llegando —tartamudeó Antón, a pesar de que aún faltaban por lo menos quinientos metros para llegar a su casa...

Pero ¿por qué Anna hablaba siempre de cosas que a él le desconcertaban?!

—Creo que veo luz —exclamó, y empezó a volar más deprisa.

Otras veces nunca tenía prisa por llegar a casa, pero con Anna al lado... ¿Quién sabía qué más preguntas delicadas le podía hacer?!

En la sala de estar de sus padres estaba encendida la televisión. Antón confiaba en que sus padres aún no hubieran advertido su ausencia. Entonces podría sencillamente entrar a hurtadillas en su habitación.

—La ventana está cerrada —susurró Anna, cuyos ojos veían de noche mucho mejor que los suyos.

—¡Cerrada! —exclamó asustado Antón.

Y al acercarse comprobó que realmente las hojas de la ventana tenían el cerrojo echado por dentro. Ni siquiera la contraventana estaba abierta.

—Ahora tendré que llamar al timbre —murmuró— y entonces se van a enterar de todo.

—Pues di que estabas de paseo —propuso Anna.

—Diré sencillamente la verdad —decidió Antón—. ¡De todas maneras no podrán creerlo!

Anna lo acompañó hasta la puerta del edificio. Allí Antón se quitó la capa y se la dio. Ella se puso de repente muy triste.

—Adiós, Antón —dijo en voz baja, y sin volverse desapareció en la noche.

Preguntas delicadas

Mientras Antón subía en el ascensor intentó imaginarse qué le iban a decir sus padres. ¿Estarían enfadados? ¿O coléricos? ¿O decepcionados?

De todos modos, no podía significar nada bueno que la puerta de la casa estuviera cerrada cuando salió del ascensor. Cuando llamaba al timbre de abajo, había siempre alguien en la puerta esperándolo amablemente.

Tocó el timbre y esperó. Oyó los pasos de la madre, que se acercaba taconeando. Después se abrió la puerta.

—¿Sabes la hora que es? —preguntó la madre en lugar de saludarlo.

—¿Las nueve? —dijo Antón.

—¡Las diez menos cuarto! —exclamó ella en tono de reproche—. ¡Te estamos esperando desde las nueve! ¡Tenemos que hablar contigo!

Dicho esto, se dio la vuelta y regresó a la sala de estar.

Antón la siguió..., lentamente y con sentimientos encontrados.

El padre estaba sentado en el sofá. Al entrar Antón se puso de pie y apagó la televisión, lo cual, en otras ocasiones, no sucedía nunca.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—¿Yo? De paseo.

—Ya, ya. ¡De paseo! A las nueve y media mi hijo, con nueve años y alumno de tercer curso, sale a pasear. —Hizo una pausa—. ¿Y dónde has ido, si se puede saber?

—Ah —dijo Antón—, a todas partes...

—¡Aja! ¡Eso, naturalmente, es una información precisa!

La comisura de los labios del padre empezó a contraerse convulsivamente y eso ocurría siempre que estaba irritado, pero no quería mostrar su rabia.

—Además, vuelve a oler raro —dijo la madre—. Antón, ¿eres tú?

De repente, Antón se sintió examinado de los pies a la cabeza, y lleno de intranquilidad, se miró de arriba a abajo, por si hubiera alguna pista delatadora de su visita a la cripta..., por ejemplo, tierra del cementerio en los zapatos.

Pero no se veía nada.

—¿Habéis encendido fuego? —preguntó la madre.

—No —dijo Antón.

¡Ya volvía a empezar con eso!

—Quizá otros han encendido fuego y tú has mirado solamente.

—¡¡No!!

—¿O es que habéis fumado?

—¡Tampoco!

—¿Y cómo es que hueles así?

—Eso no lo sé. Quizá sea por Anna.

—¿Anna?

El padre escuchó atentamente.

—¿Quién es Anna?

—Mi novia.

—Tu..., ¿qué?

—La hermana de Rüdiger.

—¿La hermana de quién? —exclamó el padre—. ¿De Rüdiger?

—Sí —dijo Antón, que no podía explicarse qué era lo que encontraba el padre tan excitante.

—¿No me engañas? —preguntó el padre.

—¡No! —respondió Antón.

—¡Está bien! —exclamó el padre saltando del sofá—. Eso podemos comprobarlo enseguida.

—¿Vas a llamar por teléfono? —preguntó la madre.

El padre asintió y abrió la guía telefónica.

—... Holzapfel; aquí está: Holzapfel, Heinrich, empleado.

—¿Y quién es Holzapfel? —preguntó con precaución Antón.

El padre le lanzó una mirada burlona.

—Puedo imaginarme que no sepas quién es Holzapfel —dijo mientras marcaba.

Al otro lado del hilo parecía haberse puesto alguien, pues el padre dijo con voz completamente cambiada:

—¿Señor Holzapfel? Soy Bohnsack. Perdona la molestia. Sólo una breve pregunta: mi hijo afirma que su hija Anna... ¿Qué? ¿Que no tiene ninguna...? —Hizo una pausa—. Entiendo... —dijo entonces—. ¡Muchas gracias otra vez!

Colgó satisfecho el auricular y se dirigió a Antón:

—¿Sabes que tu supuesto amigo Rüdiger no tiene ninguna hermana? Sólo un hermano, y se llama Leo!

—¿Leo? —preguntó Antón.

—Y por lo que respecta a tu Rüdiger..., ino se llama Rüdiger, ni tampoco Rüdiger Udo, sino sólo Udo!

—¿Udo? —dijo perplejo Antón.

Entonces comprendió. ¡Tenía que ser el Udo que él había hecho pasar por el auténtico Rüdiger! Una terrible sospecha creció en él: al fin y al cabo, Udo tenía el mote de «Cotorra»... ¿Habría llamado a sus padres —los de Antón— y se lo habría contado todo? ¡No, de una guarrada tan grande no le creía capaz!

—¿Y bien? —preguntó el padre—. ¿Qué tienes que decir?

—¿Yo? —titubeó Antón—. A mí me dijo que se llamaba Rüdiger.

—¿Y la hermana? ¿Cómo te dijo que se llamaba?

—¿Ella? —dijo Antón—. Anna, naturalmente.

—¡Maldita sea otra vez! ¡¿No te acabo de decir que Udo no tiene ninguna hermana?!

—¡Pero Rüdiger sí! —dijo obstinado Antón.

Entonces intervino la madre.

—Antón —dijo—, tienes que admitir al menos que es muy extraño que vayas a pasear con una hermana que en realidad no existe en absoluto. ¿No vas a decirnos la verdad?

—Yo ya no entiendo absolutamente nada —dijo Antón.

—Está bien.

El padre se esforzaba a todas luces por permanecer tranquilo.

—He reconocido a tu supuesto Rüdiger. ¡Es el hijo de mi compañero de trabajo y no se llama Rüdiger von Schlotterstein, sino Udo Holzapfel!

—¿Y por qué no has dicho eso enseguida? —preguntó Antón.

El padre jadeó.

—¿Por qué? —gritó—. ¡Porque quería oír primero lo que mi señor hijo tenía que decir!

¡Por lo menos Antón ya sabía lo que pasaba!

—Me parece que aún no conocemos al auténtico Rüdiger —opinó la madre—, y que realmente existe un Rüdiger que tiene una hermana llamada Anna. Pero dime, Antón, ¿por qué no nos has presentado al verdadero Rüdiger?

En contra de su voluntad, Antón tuvo que reírse. ¡La madre, con sus maneras frías y reflexivas, descubría siempre mucho mejor sus secretos que el padre con sus reproches y sus alborotos!

—Fue así... —dijo Antón—, vosotros me habéis dado siempre la lata con que debía traer a Rüdiger. Pero Rüdiger no quería venir, y entonces le pregunté a Udo. Además —añadió—, ¡yo no sabía que Udo se apellida Holzapfel!

—¿Y por qué no quería venir Rüdiger? —preguntó la madre.

—Porque... él siempre se levanta muy tarde y además no le gustan nada los pasteles. Y un poco extraño sí que es.

La madre se rió.

—¡Pero si eso no importa! A los tipos raros los encuentro divertidos. Y no tiene que comer si no quiere.

—Pero eso le resulta incómodo —dijo Antón.

—¿Incómodo? —preguntó la madre—. ¿Por qué?

—Además, huele mal.

Ahora se rió también el padre.

—¡Vaya amigos que tienes!

—Y tampoco sabe comportarse correctamente.

—Pero, Antón —dijo la madre—, ¿no es mucho más importante que uno tenga o no un buen corazón?

Antón se puso pálido.

—¿Bu... buen corazón? —dijo—. ¿Qué quieres decir con eso?

¿Se habría dado cuenta de algo su madre? Pero estaba poniendo, realmente,

una cara demasiado alegre.

—Que puedas confiar en él —aclaró la madre—. Que no te deje en la estacada.

—Ah, bueno —dijo aliviado Antón.

—¿Ves tú? —dijo la madre—; y si a ti te gusta, entonces también nos gustará a nosotros.

—¿Tú crees? —preguntó Antón poniendo cara de incredulidad—. ¿Os gustan entonces... los vampiros?

—¡Ya empiezas otra vez con tus vampiros! —se rió el padre.

La madre parecía enfadada.

—Yo no lo encuentro gracioso —dijo.

El padre se rió aún más.

—Bueno, ¿cuándo veremos a Rüdiger, el famoso vampiro?

—Yo..., es que tengo que preguntárselo primero —murmuró Antón—. Qui... quizá la semana que viene.

De repente se sentía muerto de cansancio y ya sólo tenía un deseo: irse a la cama!

—¡Deja la ventana cerrada! —le gritó la madre cuando él ya estaba en la puerta—. ¡Últimamente revolotean polillas tan grandes alrededor de la casa...!

—Sí —dijo Antón volviéndose rápidamente para que los padres no pudieran ver su risa—. ¡Buenas noches!

Un nuevo colega

En mitad de la noche, Antón se despertó. Se frotó los ojos y pestañeó..., ¿dónde estaba? Hacía un momento se encontraba sentado a una larga mesa con todos los vampiros, y Sabine von Schlotterstein la Horrible había pronunciado un discurso... ¡Pero ahora estaba tumbado en su cama!

Junto a él el despertador hacía tic—tac y a la débil luz que entraba por la ventana se dibujaban los contornos del escritorio. Antón tomó aliento. ¡Durante un instante había creído que se encontraba en el cementerio, en donde se iba a celebrar una gran fiesta!

Intentó acordarse..., sí, ahora le volvía a la memoria: ¡un nuevo vampiro iba a ingresar en la familia! Para celebrar el día, los vampiros habían adornado la cripta. Negras velas lucían en altos candelabros de plata; habían juntado los ataúdes formando una mesa y los habían cubierto con grandes manteles negros. En la cabecera de la mesa estaba Sabine la Horrible; a los lados se sentaban los demás vampiros; a su derecha, Ludwig el Terrible, Hildegard la Sedienta, tía Dorothee y tío Theodor; a su izquierda, Wilhelm el Tétrico, Lumpi el Fuerte, Rüdiger y Anna la Desdentada. Al lado de Anna estaba sentado..., ¡él mismo, Antón! ¡Y ahora sabía lo que le esperaba!



Sabine la Horrible se había levantado ya de su sitio y, después de haber carraspeado varias veces y haber enseñado sus horribles dientes, dijo:

—¡Queridos parientes! ¡Tengo hoy el gran honor de presentaros a un nuevo colega!

Hizo una significativa pausa. Entonces levantó la mano y señaló a Antón, y de repente todos los ojos se dirigieron hacia él. ¡Y qué ojos! ¡Ojos incandescentes que casi lo devoraban!

—¡Todo nuestro agradecimiento a Anna, que ha ganado a Antón para nosotros! —prosiguió Sabine la Horrible, y como señal de estima los vampiros tamborilearon

con los puños en los ataúdes.

—¡Y ahora vamos a hacer de Antón un auténtico vampiro! —exclamó.

Entonces los vampiros se levantaron precipitadamente, y como si se hubiera dado una señal, empezaron a vocear de la manera más espantosa y a hacer girar los ojos en sus órbitas. Lentamente, muy lentamente, se acercaron a él. Sabine la Horrible iba a la cabeza y extendía sus largos dedos con uñas como garras..., ¡pero antes de que lo alcanzaran se había despertado!

Antón se sentó en la cama y miró el despertador: ¡las tres! Suspirando, se volvió a tumbar y cerró los ojos. ¡Ojalá esta vez pudiera dormir en paz!

Oídos aguzados

—No pareces muy despierto —dijo el padre por la noche.

Estaban sentados en el sofá esperando el comienzo de un documental sobre animales.

Antón bostezó.

—Me voy a ir a la cama enseguida.

—Tu paseo de ayer debió de ser agotador, ¿no?

—Hoy hemos hecho un examen de Mates —declaró Antón. ¡Como si el colegio fuera un placer!

—¿Y bien? —preguntó la madre—. ¿Lo sabías todo?

—Bueno... —dijo Antón.

En ese momento sonó el teléfono. El padre fue al aparato.

—Bohnsack —dijo con voz enérgica. Pero un momento después se pintó en su cara una expresión de sorpresa.

—¿Con *quién* quiere hablar? ¿Está seguro de que ha marcado bien?... Un momento.

Tapó el auricular con la mano.

—Están chalados —dijo susurrando—, no puedo entenderlos en absoluto. ¡Jadean tanto! ¿No serán alumnos tuyos?

—¿Qué? —exclamó indignada la madre cogiendo el auricular—. Bohnsack —contestó—. ¿Quién está ahí?... ¿Con quién? ¿Quiere hablar con Antón?

Miró a Antón con el ceño fruncido.

—Para ti —susurró.

—¿Quién es? —preguntó el padre.

La madre se encogió de hombros.

—Ni idea. Hablan como si se pusieran la mano delante de la boca.

Entretanto, Antón había cogido el auricular.

—Hola —dijo.

Al otro extremo del hilo se oyó una risita.

—¿Quién es? —exclamó.

—¡Soy yo, Anna! —la respuesta llegó muy baja y débil, pero claramente comprensible.

Antón sintió que se ponía pálido.

—Tú..., tú... —murmuró.

¡Valiente sorpresa! ¡Y los padres estaban junto a él escuchando cada palabra que decía!

—¿Quién es? —siseó el padre.

—Anna —informó Antón de mala gana.

—¿Y qué quiere? —preguntó la madre.

—No lo sé —se quejó Antón—. ¡No oigo nada!

—¿Sigues enfadado conmigo! —preguntó ahora Anna—. Quiero decir por lo de ayer... Porque yo no...

—No, no —dijo rápidamente Antón—. En absoluto.

—¡Tengo una sorpresa para ti!

—¿Una sorpresa?

Por el rabillo del ojo vio cómo los padres cambiaban una mirada significativa.

—¿Y qué... qué es? —preguntó.

—Una historia —dijo ella—. Una auténtica historia de amor de vampiros.

Al decir las últimas palabras se rió tan fuerte que apenas pudo entenderla.

—¿Puedo leértela esta noche?

—Ho... hoy mejor que no —tartamudeó—. ¿Mañana quizá?

—Bien —dijo ella—, mañana. ¿A qué hora?

Antón miró a sus padres y reflexionó.

—Mi abuela tenía veintiún relojes —dijo entonces, y se rió en silencio de las caras estupefactas que ponían sus padres. ¡Eso les pasaba por escuchar conversaciones ajenas!

Pero Anna le había comprendido.

—¡Entonces, a las veintiuna horas! —dijo.

—Y... ¿qué hace Rüdiger? —preguntó Antón.

—Ya está volando otra vez —dijo Anna—. Tenía un hambre tremenda.

—Ah, ¿sí?

Como siempre que se hablaba de las costumbres gastronómicas de los vampiros, le invadió una sensación extraña.

—Entonces..., salúdalo de mi parte —dijo, porque no se le ocurría otra cosa.

¿Por qué tenían que estar los padres de pie a su lado como si hubieran echado raíces?! ¿No podían irse a la cocina?!

—Entonces..., adiós —dijo.

—¡Hasta mañana! —contestó Anna.

Después colgó.

—¿Qué? —dijo el padre con fingida sorpresa—. ¿Ya has terminado?

—Sí —gruñó Antón.

—¿Qué es lo que decías? —preguntó la madre—. ¿Una abuela que tenía veintiún relojes?

—Un pequeño chiste.

—¿Y por qué no has invitado a Anna? —quiso saber el padre.

—Porque... no se me ha ocurrido.

—¿Y a Rüdiger? —dijo la madre—. ¿Ya le has avisado?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque todavía no lo he visto.

—¿No está en tu colegio?

Antón tuvo que reírse.

—No.

Ahora la madre parecía sorprendida.

—¿No?

—Le dan... clases... particulares —murmuró Antón.

¡Había oído una vez que existía algo así!

—¿Clases particulares? —se maravilló la madre—. ¿Es que está enfermo?

—En realidad, no —dijo Antón—. Es sólo porque duerme mucho.

La madre sacudió incrédula la cabeza.

—¡Hay que ver lo que te inventas! —dijo.

—Sí, sí —se rió el padre—, ¡a nuestro Antón no le falta fantasía!

—Vosotros debéis saberlo —dijo ofendido Antón, y se marchó.

Dio un ruidoso portazo al salir. Primero lo espiaban, luego lo interrogaban..., y al final se reían de él... ¡Si eso no era un motivo para encolerizarse!

Cita en pijama

La noche siguiente Antón se fue muy temprano a la cama. A las siete y media ya se había lavado y puesto el pijama.

—¿A dormir ya? —se maravilló la madre.

—No, voy a leer un poco —dijo Antón.

—¡Pero a las ocho apagas la luz!

—Sí. Buenas noches.

En su habitación sólo cerró las cortinas hasta la mitad. Había aún tanta claridad que no necesitaba luz.

Sacó de la estantería su nuevo libro *Historias inquietantes*, se echó bajo el cobertor y empezó a leer. Ya la primera historia era interesante: trataba de dos hombres jóvenes que llegaban de noche a un horrible cuchitril...

Pasos suaves resonaron en el pasillo, y al principio Antón se sobresaltó asustado. Luego se dio cuenta de que era su madre, y rápidamente metió el libro debajo de la almohada y se hizo el dormido. La puerta se abrió con cuidado, cerrándose poco después. Los pasos se alejaron. ¡Eso; ahora ya no tenía que temer más molestias, pues sus padres pensarían que estaba durmiendo!

Se puso aún más cómodo, se colocó una segunda almohada bajo la cabeza y encendió la lámpara de la mesilla. Después sacó su libro y buscó la página.

En ese momento llamaron a la ventana y Antón se incorporó precipitadamente. Afuera ya estaba casi oscuro, de modo que sólo reconoció una sombra. Dejó el libro a un lado y fue a la ventana.

En el alféizar estaba Anna. Antón echó la cortina a un lado y abrió la ventana.

—Buenas, Antón —dijo Anna, entrando escurridiza como una gata en la habitación.

—Buenas —dijo Antón, sintiendo que se ponía colorado.

¡Menos mal que estaba oscuro!

—¿Hueles algo? —preguntó ella alegremente.

—Eh..., sí —murmuró Antón.

¿Qué tenía que contestar? ¿Que olía a moho, polvo de polilla y aire de ataúd? ¡Pero seguro que ella no quería oír eso!

—Mi perfume —aclaró ella—. ¡«Muftí elegante»!

—¿Qué? —dijo él—. ¿Muftí elegante? Eso no lo había oído nunca.

—¡No podías! —aseguró ella llena de orgullo—. Mi madre misma lo fabrica. ¡Es sólo para vampiros!

Al decir esto, se puso delante de él y estiró su cuello.

—¿Hueles ahora? ¿No es infernal?

—Humm..., sí —dijo Antón, que raras veces había oído algo tan repulsivo—. Muy... intenso.

—¿Verdad? Sólo lo llevamos en ocasiones especiales.

—Huele así un poco como a cebollas —dijo Antón.

Sus ojos empezaban a lagrimear y le picaba la nariz.

—Es que las cebollas son el ingrediente principal —aclaró ella—. Además, lleva también colmenillas pestilentes y brotes hediondos.

—iliiih! —exclamó Antón.

Anna puso una cara ofendida.

—¡Pensaba que te gustaba!

—Sí, sí —dijo Antón asustado—, sólo que es algo... inusual.

—¿Y si ponemos música? —preguntó Anna.

—¿Mu... música? —murmuró él, mirando a la puerta—. ¿Sabes?, mis padres piensan que ya estoy durmiendo.

—Ah, vaya —dijo Anna, decepcionada.

Pero después su rostro se iluminó de nuevo.

—Yo quería leerte algo —exclamó—. ¡Una auténtica historia de amor de vampiros!

Sacó de debajo de su capa un montón de hojas amarillentas y las alisó cuidadosamente. Antón vio que estaban esmeradamente escritas con una caligrafía infantil, grande y redonda.

—¿Es tuyo? —preguntó.

Ella bajó los ojos.

—Sí —dijo con voz apagada. Y empezó:

«Había una vez un rey y una reina que deseaban muchísimo tener un hijo. Pero nunca tenían ninguno. Pero un día que la reina estaba en el baño apareció en el agua una rana, que saltó a tierra y le dijo: "Tu deseo será cumplido". Y antes de que pasara un año, la reina dio a luz un varón. Como se alegraron tanto, celebraron una gran fiesta a la que invitaron a todos sus familiares, amigos y conocidos, y también a las mujeres sabias, que debían traer suerte al niño. Pero había en el reino trece mujeres sabias y, como sólo había platos dorados para doce, una de ellas tenía que quedarse en casa. La fiesta se celebró con toda pompa y cuando terminó las mujeres sabias obsequiaron al niño con sus dones: la una con salud, la otra con inteligencia, la tercera con belleza, y así en todo aquello que es deseable en este mundo. Cuando once de ellas habían dicho sus oráculos, entró la decimotercera, que no había sido invitada, y gritó en voz alta: "¡El príncipe se pinchará con un huso a los quince años y caerá muerto!". Entonces se adelantó la duodécima, que aún no había hecho su regalo. Como no podía levantar el maleficio, sino sólo suavizarlo, dijo: "No morirá, sólo dormirá cien años".

—¿Cómo? —dijo Antón, al que la historia le resultaba conocida—. ¿Un sueño de cien años?

—El rey, que quería salvar a su niño querido de la desgracia, dio orden de que todos los husos del reino debían ser quemados. Sucedió que el día en que el príncipe cumplió los quince años, el rey y la reina no estaban en el palacio. Entonces él se dedicó a explorar y, al final, fue a dar a una vieja torre. Subió la estrecha escalera y llegó a una pequeña puerta. En la cerradura había una llave oxidada, y al hacerla girar se abrió la puerta; allí, en una pequeña cámara, estaba sentada una vieja mujer hilando hilo con un huso. "¿Qué objeto es ése que salta de forma tan divertida?", preguntó el príncipe; se acercó al huso y quiso también hilar. Apenas había tocado el huso, se cumplió el encantamiento. Se pinchó en el dedo y

se desplomó sobre la cama que había al lado, cayendo en un profundo sueño. Y ese sueño se extendió por todo el castillo. El rey y la reina, que acababan de regresar, empezaron a dormirse, y toda la corte con ellos. Entonces se durmieron también los caballos en el establo, los perros en el patio, las palomas en el tejado y las moscas en las paredes. Alrededor del castillo empezó a crecer un seto de zarzas que se hacía cada año más alto y que, finalmente, rodeó todo el castillo de forma que ya no se podía ver. Sin embargo, por el país del hermoso joven durmiente corrieron rumores de que, de tiempo en tiempo, aparecían princesas que querían entrar en el castillo a través del zarzal. Pero no lo conseguían porque los espinos se entrelazaban como manos y las princesas se quedaban prendidas en ellos y morían horriblemente. Después de muchos, muchos años llegó al país otra princesa y oyó cómo un hombre viejo hablaba del zarzal que debía esconder detrás un castillo en el que un hermosísimo príncipe dormía desde hacía ya cien años.

«Entonces dijo la princesa: "Yo no tengo miedo; quiero entrar y ver al hermoso joven". Pero el hombre viejo no podía saber que la princesa era, en realidad, un vampiro, y, así, pudo transformarse en murciélago y sobrevolar el zarzal. Entró en el patio del castillo y vio a los caballos y a los perros durmiendo. Cuando entró en el palacio, las moscas dormían en las paredes. Entonces siguió andando y vio en la sala a toda la corte que dormía en el suelo. Al fin, llegó a la torre y abrió la puerta de la pequeña cámara en la que dormía el príncipe. Allí yacía él, y era tan hermoso que ella no podía apartar sus ojos; entonces se inclinó y le dio un beso de vampiro. Un momento después él abrió los ojos y la miró amablemente. No tardó mucho en convertirse también en vampiro, y vivieron felices hasta el fin de sus días.»

—Yo conozco esa historia —dijo Antón—. Era el cuento de la Bella Durmiente.

—¡Pero mi versión es mejor! —rió Anna.

—Te has olvidado de la corte —dijo Antón—. Y del rey y la reina. ¿Se vuelven también vampiros?

—Bueno —dijo—, quería preguntarte precisamente eso. ¿No te parece que sería demasiado... espantoso?

—¿Por qué? —dijo Antón—. Al fin y al cabo hoy ya no cree nadie en vampiros...

—¿Qué? —bufó indignada Anna—. ¿Nadie cree en vampiros? ¿Y tú? ¿Acaso tú no crees en nosotros?

—Sí, sí —dijo rápidamente Antón—. ¡Yo, sí, naturalmente! Pero los otros...

—¿Qué otros?

—Ay..., ¡todos!

—¿Todos?

Anna parecía sobresaltada.

—¡Y yo pensaba que se asustaban de nosotros!

—¡Bah! —denegó con un gesto Antón—. ¡Qué va!... ¿Sabes una cosa? —siguió en voz baja—. La semana pasada tuvimos que escribir una redacción. El tema era: «Una experiencia horrible». Me levanté y le pregunté a mi profesora si se podía escribir sobre vampiros. «¿Sobre vampiros?», se rió ella entonces, de tal modo que todos pudieron oírlo. «Pero si los vampiros sólo existen en los cuentos. ¡No, Antón, en tercer curso tienes que escribir sobre algo que suceda en realidad!»

—¡Vaya tía! —resopló desarmada Anna—. ¿Y entonces sobre qué escribiste?

—¡Bah! —dijo Antón—. Utilicé algo que había visto en la televisión.

—¿Y bien? ¿Se dio cuenta?

—No. Lo conté con mucho realismo: me puso un «notable alto».

—¡Qué guarrada! —exclamó Antón—. ¡Por una historia de vampiros te hubieran puesto un «muy deficiente»!

—Seguro.

—¿Y tus padres? —preguntó Anna—. ¿Creen en vampiros?

Antón sacudió la cabeza.

—Ellos menos que nadie. Pero les gustaría conocerlos.

—¿A quién?

—A Rüdiger y a ti. Estáis invitados a tomar café.

—¿De verdad? —resplandeció Anna—. ¡Entonces voy a conocer al fin a tus padres, Antón! —Se puso a dar palmas y dio un salto en el aire—. ¿Son tan simpáticos como tú?

—Bueno... —dijo tímidamente Antón.

—¿Cuándo venimos?

Al azar, Antón dijo:

—El próximo mi... miércoles. ¿Crees que Rüdiger vendrá también?

—Tengo que preguntárselo enseguida —exclamó Anna, saltando a la repisa de la ventana—. ¡Adiós, Antón, hasta el miércoles!

Ya extendía sus brazos.

—Un mo... momento —tartamudeó él—. ¿De verdad vendréis?

—¡De eso me encargo yo! —gritó ella.

Luego desapareció.

Los últimos preparativos

—Ven, Antón —dijo la madre el miércoles siguiente—. Ayúdame a batir la nata.

—Pe... pero si es muy temprano —protestó Antón.

—¿Muy temprano? —dijo la madre—. Van a dar las cuatro.

—A pesar de todo..., mis amigos siempre duermen la siesta.

—¿La siesta?

La madre lo miró de soslayo.

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—¡Sí, sí! Cuestión de salud, ¿sabes?

¡Madre mía! No había pensado en absoluto que los vampiros no se levantarían hasta después de ponerse el sol..., ¡y eso significaba que no podrían estar allí antes de las ocho! Y su madre estaba poniendo ya el agua para el café y calentando leche para el cacao...

—Oye, mamá —murmuró Antón poniendo un rostro compungido—. Tengo que decirte algo...

—¿Sí?

—De la visita..., bueno, no vendrán hasta las ocho.

—¿Cómo? —exclamó la madre—. ¿A las ocho? ¡Pero si a esa hora tú ya estás en la cama!

—Sí —dijo apocado—, lo sé...

—¿Y Rüdiger y Anna? ¿No tienen ellos que estar a las ocho en la cama?

—¡Ellos no! —dijo Antón, mordiéndose los labios para no reírse.

—Extraño comportamiento —gruñó la madre sacudiendo la cabeza—. ¿Y qué va a pasar con nuestro café? —Señaló la cafetera y el cazo de la leche sobre la hormilla—. ¡Ahora que estaba todo preparado!

—Lo puedes dejar para más tarde —propuso Antón.

—¿Dejarlo para más tarde? A las ocho no puedo tomar café.

—¿Por qué no?

—Porque entonces no puedo dormir —dijo enfadada.

—¿Entonces por qué sueles tomarlo?

—¡No seas fresco! —le regañó su madre.

—Pues tómatelo ahora —dijo Antón— y después, a las ocho..., izumo de manzana!

Quitó el cazo del fuego y vertió el agua hirviendo en el filtro del café.

—¿Y cómo te vas a levantar mañana para ir al colegio?

—¡Bah..., por una vez!

Echó el cacao en polvo en la leche.

—Pues yo no estoy conforme con eso —dijo ella—, y te lo consiento hoy porque quiero conocer de una vez a tus extraños amigos.

Antón suspiró aliviado.

—¿Y el pastel? —preguntó ella.

—Eh..., me lo puedo comer yo —dijo Antón.

La madre había vuelto a comprar merengues; esta vez ocho piezas.

¡Al fin y al cabo, él se había quedado sin ninguno cuando Udo se los zampó delante de sus narices!

—Está bien, dos trocitos —dijo ella—. Para esta noche haremos bocaditos de queso. ¿Me ayudas?

—¡Claro!

¡A Antón se le quitó un peso de encima! Su madre no sólo había aceptado que sus amigos no vinieran hasta las ocho..., ¡ahora le dejaba comerse dos trozos extra de pastel!

—Aquí tienes; también te puedes beber el cacao —dijo ella ofreciéndole la jarra entera.

¡Bueno, bueno! ¡Esto empezaba bien!

Antón cogió la jarra de cacao y los merengues y se fue a su habitación. Por suerte ya había terminado los deberes y podía ponerse a leer.

¡Y en tres horas y media..., llegarían los vampiros!

Velada artística

Poco después de las ocho llamaron al timbre. En la última media hora Antón había mirado el reloj al menos diez veces, y al oírlo sintió una gran alegría.

¡Si todo marchara bien! ¿Habría venido también Rüdiger? ¿Qué dirían sus padres?

En cualquier caso, todo resultaba tan tremendamente excitante que las piernas de Antón temblaban cuando salió al pasillo. Los padres ya habían abierto la puerta.

—¡Buenas noches! —era la voz estridente de Rüdiger, e inmediatamente después graznó Anna:

—Buenas noches.

—¡Buenas noches! —contestó la madre dando un par de pasos atrás—. Pero entrad...

—Bueno, ya estáis aquí —dijo el padre sonriendo; pero su voz sonó algo asustada.

Y realmente..., Rüdiger y Anna tenían un aspecto como para asustar a cualquiera: se habían puesto colorete en las mejillas, sus labios estaban pintados de rojo y su piel, normalmente blanca como la cal, estaba cubierta de polvos de tono tostado..., pero tan mal que aún asomaban manchas blancas por todas partes. Además, despedían un penetrante olor a «muftí elegante».

—¡Para usted! —dijo Rüdiger, tendiéndole un ramo a la madre.

—Gracias —murmuró ella examinando las ramas, que, a todas luces, habían sido arrancadas de un seto.

—Bonito, ¿no? —dijo Anna—. ¡En nuestra casa hay muchísimo!

—¡Pssst! —siseó Rüdiger dirigiéndole una mirada colérica.

También Antón reconoció las ramas: ¡procedían de los setos de boj del cementerio!

—Las voy a colocar en agua —dijo la madre desapareciendo en la cocina.

—¿Dónde está Antón? —dijo el padre.

—Aquí —contestó Antón, que había observado a prudente distancia cómo se desarrollaba la escena.

—¡Antón! —exclamó Anna poniéndose colorada—. ¿Cómo estás?

—¿Yo, yo...? Bien —dijo Antón, poniéndose también colorado.

—Hola, Antón —dijo Rüdiger dándole la mano, que el otro sintió flaca y huesuda..., ¡como la mano de un esqueleto! ¡Era la primera vez que Antón cogía la mano de un vampiro, y un poco sí que se estremeció!

En general, los vampiros parecían mucho más extraños e inquietos que de costumbre, y Antón se dio cuenta de que tenían que haber venido a su casa directamente desde sus ataúdes..., ¡y eso significaba que aún no habían podido comer absolutamente nada! ¡Rüdiger tenía un aspecto auténticamente débil y demacrado!

—¿No... no tenéis hambre? —dijo cauteloso Antón.

—Sí —dijo Rüdiger—, bastante...

—¡Entonces entrad! —dijo el padre, esbozando una sonrisa—. Todo está preparado... Espero que os gusten los bocaditos de queso y el zumo de manzana —añadió mientras abría la marcha.

—¿Tenéis también leche? —susurró Anna.

Antón asintió.

Los padres habían puesto la mesa con la vajilla de porcelana, velas y servilletas...

¡Sólo la visita no iba a estar acorde con tanto lujo!

Eso mismo pareció pensar Anna, pues puso una cara compungida y dio unos pasos, insegura, alrededor de la mesa.

—¡Qué bonito! —dijo—. En casa nunca es así.

—¡Pssst! —bufó el vampiro.

—¿Por qué no puedo decirlo —exclamó— si es verdad? Nosotros siempre comemos fuera, ¿sabe usted? —se dirigió al padre.

—¿De veras? —dijo la madre, que entraba en ese instante con el ramo de boj.

Había cortado las ramas que eran de desigual longitud y las había colocado en un florero.

—Comer siempre fuera es muy caro —dijo.

—¡Oh, no, es muy barato! —contestó el vampiro, sin poder reprimir una carcajada que dejó al descubierto durante un momento sus afilados dientes de vampiro. Entonces se tapó rápidamente la boca con la mano.

—¡Estas ramas tienen un olor extraño —dijo el padre—. ¿No queréis que abramos una ventana?

—¡No! Mejor no —dijo la madre—, o vendrán las polillas.

—¿Polillas? —se rió Rüdiger—. ¡Pero si son dulces animalitos!

—¡Ag! —exclamó la madre.

—O murciélagos. ¡Tienen unas caras tan monas!

—¡Brrr! —dijo la madre, agitándose.

—¡O vampiros! —se rió irónicamente Anna, pero esto fue demasiado para Rüdiger, que estalló en carcajadas. Como al mismo tiempo tenía que taparse la boca con la mano, le faltó aire al poco tiempo, y empezó a jadear horriblemente.

—¿Te encuentras mal? —preguntó la madre; Rüdiger tosía cada vez más.

—¡Espera! —dijo la madre.

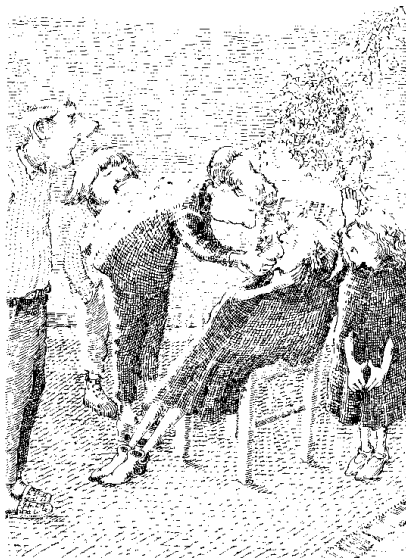
Corrió a la cocina y regresó con un vaso de agua.

—¡Aquí tienes, bébetelo! ¡Te sentará bien!

Rüdiger gemía con tanta fuerza que ni siquiera se dio cuenta de que la madre le ponía el vaso en los labios. Pero apenas ella le había hecho beber las primeras gotas cuando dio un respingo y salió corriendo al pasillo, bufando.

—¡Pobrecito! —exclamó la madre corriendo tras él.

Anna miró a Antón y se rió.



—Bueno —dijo—, agua con el estómago vacío...

En ese momento regresó la madre.

—Está en el baño —dijo susurrando—. Se ha encerrado.

—¿Encerrado? —preguntó el padre.

—Sí. Y se le oye jadear terriblemente.

Con toda tranquilidad dijo Anna:

—Sólo está algo hambriento.

—¿Hambriento?

La madre puso cara de no entender nada.

—¿Es que no ha comido nada? —le preguntó el padre.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y tú tampoco has comido? ¡Aquí tienes, Anna!

Le alcanzó la bandeja con los bocaditos de queso y Anna cogió vacilante dos bocaditos y los colocó en su plato.

—¡Pero come! —la animó.

—No..., no me gusta el pan —murmuró.

—¿Qué? —se rió él—. Bueno, pues entonces cómete sólo el queso.

Anna sonrió aliviada. Se metió los trocitos de queso en la boca y se los tragó con deleite.

—¿Quieres zumo de manzana? —preguntó la madre.

—No, gracias —dijo—, me da dolor de estómago, ¿sabe usted?

—¿No quieres beber absolutamente nada?

—Sí. Leche.

—Bien —dijo la madre poniéndose en pie—, te traeré un vaso.

Al llegar al pasillo lanzó un grito.

—¡Rüdiger ya no está aquí! —Y Antón oyó cómo corría nerviosa de un lado a otro

y abría a empujones todas las puertas.

—Pero... ¿cómo ha salido de la casa?

—Probablemente por la puerta —gruñó el padre.

—¡Entonces tendríamos que haberlo visto! —exclamó ella.

—Quizá no mirábamos en ese momento.

—No —insistió la madre—. ¡Hubiera pasado por delante de la puerta de la sala de estar!

—Entonces habrá salido volando —dijo enfadado el padre.

—¿Quién sabe? —dijo la madre—. La ventana de la habitación de Antón estaba abierta...

—¿Qué? —exclamó Antón.

¡El no había abierto la ventana! Pero, naturalmente, eso no podía admitirlo...

—La... la he dejado yo abierta —dijo rápidamente.

—¿Lo ves?! —dijo el padre.

¡Si él supiera! Como casi siempre, su madre tenía razón; sólo que esta vez, desgraciadamente, no iba a saberlo.

—Entonces no le habremos visto —dijo la madre sentándose de nuevo, confundida.

—¿O sabe volar tu hermano? —le preguntó el padre a Anna.

—¡Oh, no! —dijo Anna.

—¡Pues entonces! ¡Qué cosas te imaginas, Melga!

La madre observaba a Anna con una mirada muy particular.

¿Sospecharía algo? Su padre no se daba cuenta de nada, pero ella...

—¿Y mi leche? —preguntó Anna.

—Ah, sí, la leche —dijo la madre—. Antón, ¿eres tan amable?

—Sí —gruñó Antón.

—La leche es muy sana —dijo Anna— y además pone fuerte.

—¡Aquí tienes!

Malhumorado, Antón colocó el vaso lleno ante ella.

—Gracias —sonrió Anna, bebiéndosela de un trago.

Durante un momento nadie dijo nada. Después dijo el padre:

—Así que tú también tienes un disfraz de carnaval.

—Sí —asintió Anna sin la menor timidez.

—¿Y dónde lo celebráis?

—En privado —respondió Anna, que parecía muy segura de sí misma.

Antón le dirigió una mirada de admiración. ¡Ni siquiera a él se le hubiera ocurrido una respuesta mejor!

—A mí me gustaría ver qué aspecto tienes sin disfraz —dijo el padre.

A Antón casi se le para el corazón, pero Anna sólo se encogió de hombros con indiferencia y dijo:

—Casi exactamente igual. Tal vez un poco mejor.

—¿Un poco mejor? —exclamó el padre rompiendo en una sonora carcajada—. ¡Presumida no eres, en absoluto!

—No —dijo Anna.

—¡Y tímida tampoco!

—Sólo a veces —dijo Anna, lanzándole una mirada a Antón.

—¿Y siempre vais juntos de carnaval, tu hermano y tú?

—Sí. Lo hacemos casi todo juntos.

—¿Y no os peleáis nunca?

—Sí —dijo Anna—; en algunas cosas tiene unas opiniones bastante anticuadas.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué cosas?

—Ah, en todas las que se refieren a chicas. Afirma que los chicos son más valientes que las chicas.

—¿Y no lo son? —preguntó el padre.

—¿Cómo dice? —siseó Anna—. ¿Acaso usted también es uno de éstos?

Su rostro se había puesto rojo de indignación.

—Bueno —se defendió el padre—, debes admitir que la mayoría de las chicas prefieren llevar bonitos vestidos a trepar a los árboles y ensuciarse.

—¿Qué? —exclamó Anna—. ¡Eso no es verdad! ¿Por qué llevan las chicas bonita ropa? ¡Porque sus madres se la han puesto! ¿Y por qué no trepan a los árboles? ¡Porque les prohíben mancharse la ropa!

—Cierto —asintió la madre.

—Pero los juguetes... —dijo el padre—. ¡Los chicos juegan con coches y las chicas con muñecas!

—¡Me parece que mi ataúd no cierra bien! —exclamó desarmada Anna—. Usted no tiene ni idea.

—¿Qué dices tú, Antón? —preguntó el padre.

—¿Yo?

Antón vaciló.

—Encuentro estúpidas a las chicas que siempre se ríen y se dejan caer enseguida al suelo cuando juegan a la pelota.

—Y yo encuentro estúpidos a los chicos que dicen siempre que las chicas no pueden jugar al fútbol —declaró Anna.

—¿Tu hermano es uno de éstos? —preguntó la madre.

Anna asintió.

—¡Además, nuestro vampiro primitivo fue una mujer! —dijo ella.

—¿Cómo? ¿Vuestro vampiro primitivo? —se rió el padre—. ¿Vosotros también os habéis ido civilizando con el tiempo?

A Antón le hirvió la sangre. ¡Anna había metido la pata!

Pero Anna no era tan fácil de desconcertar.

—Quiero decir, naturalmente, nuestro vampiro más antiguo —corrigió—, que es, precisamente, mi abuela. ¡Se llama Klothilde Hermine Sieglinde Charlotte Sabine Vampir von Schlotterstein!

—Un nombre muy sonoro —dijo el padre.

—Sólo que demasiado largo —dijo Anna—, y por eso, precisamente, lo acortamos.

—¡Una chistosa familia la vuestra! —dijo el padre riéndose.

—¿Usted cree? —dijo Anna con gesto ofendido—. ¡La mayoría de los que nos conocen no piensan así!

—¿No? —dijo el padre—. ¿Cómo entonces?

—Eso —habló Anna con soberanía— prefiero no decirlo. Y además ahora me tengo que marchar.

—¿Ya? —preguntó el padre.

—Sí.

Se levantó y alisó su capa.

—Pero volveréis pronto, ¿no? —dijo el padre—. Antón, si no, se pondrá muy triste —añadió.

—¿De veras? —dijo Anna lanzándole a Antón una tierna mirada—. Sí, entonces...

Un rojo oscuro le subió a la cara y, rápidamente, se dio la vuelta y salió al pasillo.

—¡Alto! —exclamó el padre—. ¡Vas en dirección contraria! La puerta de la casa está a la izquierda.

—Ah, vaya —dijo cortada Anna.

¡Guiada por la costumbre, iba a salir volando desde la ventana de Antón! Pero ahora caminó valientemente hasta la puerta de la casa, se despidió y bajó en el ascensor.

Epílogo

—¡Una chica simpática! —dijo el padre cuando estuvieron de nuevo sentados a la mesa—. ¿A ti qué te ha parecido, Helga?

—¿A mí? Yo la he encontrado un poco rara.

—¿Rara? ¿Por qué?

—La cara tan pálida..., la ridícula capa..., la voz...

—¿Y qué te ha parecido Rüdiger? —preguntó.

—¿Rüdiger? ¡Aún peor! Con sus ojos inyectados en sangre y los dedos huesudos...

—Bueno, pero son niños al fin y al cabo —dijo el padre riendo—. ¡Te dejas intimidar muy fácilmente!

—¿Cómo dices? —se rió Antón.

El padre le echó una mirada de reproche.

—¡Tú no digas nada! —dijo—. ¡Al fin y al cabo fuiste el primero en empezar con las pamplinas sobre vampiros!

—¿Yo? —exclamó indignado Antón—. ¡Vampiros ha habido desde la Edad Media!

—Ah, ¿sí? —dijo el padre—. ¿Y cómo sabes tú eso?

—Lo he leído.

—En tus novelas de miedo, ¿no?

—No. En el diccionario.

—Vaya, eso me interesa —dijo la madre—. ¿Viene en nuestro diccionario?

—Nnnn... no —tartamudeó Antón—; en... en el del colegio.

—Pero de todas formas puedo mirar en el nuestro —dijo ella, yendo a la librería.

Sacó un tomo, lo hojeó y luego leyó en voz alta:

—Vampiros: en la creencia popular, muertos vivientes que salen por la noche de sus tumbas para chuparles la sangre a los vivos.

—¡Sí, sí, en la creencia popular! —dijo el padre—. En la creencia popular, hay sin embargo, no sólo vampiros, sino también...

—... brujas, enanos, fantasmas y hadas —dijo Antón, que aún se acordaba muy bien de la primera conversación que había tenido con sus padres sobre vampiros.

—Ya ves que no debes preocuparte en absoluto —prosiguió el padre—, ¿o tienes miedo de los enanos y los fantasmas?

—No —dijo enfadada la madre.

—Y la próxima vez, seguro que Anna y Rüdiger se ponen algo más bonito, ¿no crees, Antón?

—Bueno... —dijo Antón dudándolo.

—En fin..., tampoco tienen por qué volver pronto —dijo la madre.

—¡Seguro que Antón no está de acuerdo con eso! —rió el padre.

—¡Exacto! —exclamó Antón.

Casi se había atragantado con el bocado de queso que se acababa de meter en la boca.

—Y, además, creo que es una guarrada que me queráis prohibir jugar con Anna y Rüdiger.

—No queremos prohibirte absolutamente nada —aclaró la madre—, pero sí que podemos hablar sobre tus amigos, ¿o no podemos?

—Sí —gruñó Antón.

—A mí, de todas maneras, me inquietan —dijo— y si pensara que existen realmente los vampiros... —aquí hizo una pausa y Antón vio cómo se estremecía—, ¡entonces, seguramente, que tendrían la misma pinta que Anna y Rüdiger!

El padre se rió como si su mujer hubiera contado un buen chiste.

—Pero los vampiros no existen —dijo— y por eso ellos no son más que dos niños absolutamente normales que, simplemente, han hurgado demasiado hondo en el baúl de la abuela.

Dicho esto, cogió dos bocaditos de queso y se los comió. Durante un rato no habló nadie. Entonces dijo Antón:

—¿Por qué os empeñasteis en conocerlos?... ¡Ya os había prevenido!

—¡Sí, nos habías prevenido! —dijo la madre riéndose—. Quizá con el tiempo me acostumbre a ellos —dijo finalmente.

—Y Antón no contará ningún disparate más sobre vampiros y cosas por el estilo, ¿verdad? —dijo el padre.

Antón contrajo la boca y se rió irónicamente.

—Si tú quieres... —contestó.

¡El padre seguía, como antes, sin tener la más remota idea, y la madre terminaría por tranquilizarse también! ¡Mejor no podía haber resultado todo!

—Yo..., ahora me voy a dormir —dijo alegremente—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestaron sus padres.

Sintiendo una profunda satisfacción se metió en la cama y se tapó la cabeza con el cobertor.

ÍNDICE

La cosa en la ventana	4
Sabiduría de padres	11
La punta misteriosa	13
La segunda capa	20
Murmullos de cementerio	24
La Cripta Schlotterstein	27
Mal despertar	32
Lápidas en forma de corazón	36
Anna la Desdentada	42
La gran escena de Udo	47
Hora crepuscular	52
Historias de vampiros	56
Primeros auxilios	59
Demasiado	66
Preguntas delicadas	68
Un nuevo colega	72
Oídos aguzados	74
Cita en pijama	77
Los últimos preparativos	81
Velada artística	83
Epílogo	89